

VIDA DE SAN GERARDO DE AURILLAC SEGÚN ODÓN, ABAD DE CLUNY. EPÍSTOLA INTRODUCTORIA - LIBROS PRIMERO Y SEGUNDO¹

A modo de introducción histórica

La hagiografía traducida a continuación fue escrita a principios del siglo X por Odón de Cluny. San Gerardo de Aurillac fue un noble carolingio de fines del siglo IX, muerto probablemente en 909. Odón escribió su hagiografía en algún momento entre ese año y 942². El culto del santo floreció en el sudoeste de la Galia en la segunda mitad del siglo X, en el contexto de la lucha contra los sarracenos, como modelo del brazo armado laico al servicio de la Iglesia³. Lo único que conocemos de su vida es a través de este texto. Por otra parte, no existe una edición crítica moderna del mismo; los estudios acerca de la *Vida de san Gerardo* –incluida la presente traducción y su introducción– se basan en la versión impresa en la *Patrologia Latina* de Migne⁴.

Odón fue el segundo abad de Cluny, su abadiato duró de 927 a 942. Se trata del más importante de los abades de lo que podríamos llamar el Cluny primitivo, de hecho su figura fue tan fuerte que oscureció a la del primer abad y verdadero fundador del monasterio Bernón, quien

¹ Introducción, traducción y notas de Alfonso Hernández Rodríguez.

² Rosamond MCKITTERICK, *The Carolingians and the Written Word*, Cambridge, 1989, p. 217.

³ Dominique IOGNA-PRAT, *La Maison Dieu. Une histoire monumentale de l'Église au Moyen Âge*, Seuil, 2006, p. 343.

⁴ ODÓN DE CLUNY, *Vita sancti Geraldi*, en *Patrologia Latina* 133, cols. 517-638.



fue olvidado hasta por la misma tradición cluniacense⁵. Según la biografía de Juan de Salerno, discípulo italiano de Odón⁶, el abad nació hacia 879-880 en Touraine en una familia noble. Tomó la carrera eclesiástica y de las letras teniendo como maestro a Remi de Auxerre, uno de los últimos intelectuales del renacimiento carolingio. Su formación fue por lo tanto muy sólida, lo que se plasma en la gran cantidad y variedad de escritos que ha dejado, uno de los cuales es la *Vida de san Gerardo de Aurillac*. Probablemente hacia 905 decide retirarse del mundo e ingresa a Baume, lo que lo coloca bajo la autoridad de Bernón. En 910 es ordenado sacerdote. A esta altura se ha convertido ya en uno de los más importantes colaboradores de Bernón, quien muy probablemente le encargó escribir la carta fundacional de Cluny, fundado ese mismo año o el anterior. En 927, tras la muerte de Bernón, accede al abadiato del monasterio, durante el cual el monasterio recibió numerosas donaciones. Dejó un recuerdo de dinamismo y defensa de la libertad monástica. Murió el 14 de diciembre de 942 en Saint-Julien de Tours, mientras regresaba de su tercer viaje a Roma. Su vida debe ser enmarcada en la caída definitiva de las estructuras de gobierno tardo carolingias en Francia a fines del siglo IX y principios del X. Esto se percibe constantemente en sus textos, no sólo en la *Vida de san Gerardo* sino también en sus *Collationes*. Es el período que ya hace mucho Marc Bloch definió como primer edad feudal⁷. Se destaca el ascenso de una nueva clase de poderosos señores feudales que ocupan, al menos en parte, el vacío de poder dejado por los últimos reyes carolingios. De hecho el mismo Guillermo de Aquitania intenta sustraer a Gerardo a la fidelidad a su rey pero no lo logra⁸. No es por eso extraño que se afirme que Odón vivía en un contexto de tensiones apocalípticas que lo afectaron y en parte condicionaron su lectura del mundo y de la realidad. Volveremos sobre esto más adelante.

La comprensión de un texto del estilo de la *Vida de San Gerardo* presenta determinadas dificultades para un lector moderno. En primer lugar, por la extensa presencia del pensamiento mágico. Quien se adentre

⁵ Para la vida y abadiato de Odón ver: Marcel PACAUT, *L'Ordre de Cluny*, Fayard, 1986, pp. 83-94; Joachim WOLLASCH, *Cluny licht der Welt. Aufstieg und Niedergang der klösterlichen Gemeinschaft*, Artemis & Winkler Verlag, Zurich/Düsseldorf, 1996, pp. 37-60.

⁶ JUAN DE SALERNO, *Vita Odoni*, en *Patrologia Latina* 133, cols. 43-86. Para Juan de Salerno ver G. ARNALDI, «Il biografo "romano" di Oddone di Cluny», en *Bullettino dell'Istituto storico italiano per il Medioevo e Archivio Muratoriano* 71 (1959) 19-37.

⁷ Marc BLOCH, *La société féodale. La formation des liens de dépendance*, Paris, Éditions Albin Michel, 1939.

⁸ Ver capítulo XXXII.

en su lectura desde el inicio del texto tendrá la sensación de ingresar a un mundo extraño, en el que lo mágico y maravilloso tiene un lugar preponderante desde antes del nacimiento del santo, cuando su destino es anunciado a su padre. Por otra parte el milagro es una constante de la *Vida de San Gerardo*: como se puede ver, esto lo convertía en un santo taumaturgo, especializado en la cura de la ceguera, pero también le permitía triunfar sobre sus enemigos de formas que después comentaremos. Nuestras mentes modernas se resisten a creer en esta presencia casi reiterativa y por momentos hasta aburrida de lo maravilloso en la vida cotidiana, incluso en la del santo. En última instancia tenía razón Weber cuando hablaba del desencantamiento del mundo a través de la ciencia moderna; nosotros en efecto vivimos en un mundo desencantado, pero el hombre medieval no. Esto llevó durante mucho tiempo a distintas ramas de las ciencias humanas, sobre todo a la Historia en su vertiente positivista, a desestimar textos como el de Odón, puesto que no se podía encontrar casi nada “real” en él. A lo sumo, se podía tomar unos pocos elementos de la vida de Gerardo más o menos positivos (en el sentido epistemológico del término), para esbozar una breve biografía del mismo. Esta actitud no debe sorprendernos, puesto que responde a los principios teóricos decimonónicos para escribir Historia. Sin embargo, si queremos verdaderamente comprender la importancia del texto hagiográfico en general, y el de Odón en particular, para el desarrollo de la espiritualidad europea en la Alta Edad Media, debemos hacer un esfuerzo de empatía, tomar un poco de distancia del pesado ropaje que la racionalidad ilustrada ha impuesto sobre nuestro sentido común y tratar de realizar una lectura, como si fuéramos hombres o mujeres del siglo X. Veremos entonces que no podemos tachar de mera superstición la creencia en el milagro permanente y entender que el santo alto medieval debía hacer milagros en vida, puesto que esto implicaba un contacto privilegiado con la esfera divina, que demostraba su santidad y su condición de elegido. No podía haber santo sin milagro. Es notable que si bien Odón en algunos lugares afirma que Gerardo es santo no por los signos que hizo sino por sus virtudes, sin embargo comprende y participa de la necesidad de los lectores de demostrar la santidad de Gerardo a través de esos milagros que considera secundarios, pero que terminan siendo paradójicamente fundamentales en la canonización de Gerardo. En este sentido estamos frente a un texto intermedio, en el que la santidad no se basa solamente en las condiciones sobrenaturales del individuo, sino también –y cada vez más–, en sus virtudes.

Durante varios cientos de años, la espiritualidad cristiana europea necesitó creer en el santo hacedor de milagros; esta necesidad era una parte funcional de la espiritualidad y no sólo un apéndice del que lentamente con la racionalidad escolástica primero, humanista e ilustrada más

tarde, nos fuimos sacando de encima. Incluso esa presencia del santo, tau-maturgo en particular, fue probablemente *conditio sine qua non* para la cristianización de Occidente. Esta forma de introducirse en el discurso hagiográfico alto medieval (o sea del siglo VIII al XI) no es en verdad ni un invento de quien escribe esta introducción, ni una novedad teórica. El ya citado Marc Bloch planteó que las vidas de santos nos pueden dar claves fundamentales para la historia de las creencias y de las mentalidades medievales. Yo además agregaría que estos textos pueden ayudar a descubrir una teología asistemática implícita en el pensamiento de cada autor, Odón en particular.

La segunda dificultad para la lectura del texto es el origen monástico de esta hagiografía. Esta dificultad tal vez sea menor para los lectores de *Cuadernos Monásticos* que para el resto de los mortales, por lo tanto no me voy a detener demasiado en esta cuestión, sólo voy a señalar una particularidad. Odón presenta un modelo de santidad para el noble laico, o sea para el hombre poderoso, que vivía en el mundo, rodeado de las tentaciones de la carne y el mundo, lo que complicaba verdaderamente su salvación⁹. El modelo presentado es por supuesto el monástico, la vida de Gerardo es la de un laico que busca constantemente asemejarse al monje a pesar de estar fuera del claustro. Por lo tanto, lo que Odón nos muestra es mucho más un reflejo de sí mismo o al menos del monje benedictino de la primera mitad del siglo X, antes que un laico. Está implícita una determinada forma de santidad monástica, en la que (a pesar de la constante referencia al milagro) son fundamentales determinadas virtudes propias del monje. Más allá del celibato de Gerardo conviene señalar la insistencia con la que se dedica al estudio de las letras sagradas y al rezo de los salmos (con el peso que sabemos que esto último tiene en la tradición clu-

⁹ La bibliografía sobre la vida de san Gerardo de Aurillac es sumamente amplia. Sin ser exhaustivos citaremos: Carl ERDMANN, *Die entstehung des Kreuzzuggedankes*. Wissenschaftliche Buchgemeinschaft E. V., Darmstadt, 1935, pp. 78-79; V. FUMAGALLI, "Note sulla *Vita Geraldi* di Oddone di Cluy", *Bulletino dell'Istituto Storico Italiano per il Medioevo e Archivio Muratoriano*, 76 (1964) 217-240; Friedrich LOTTER, "Das Idealbild adliger Laienfrömmigkeit in den Anfängen Clunys: Odos Vita des Grafen Gerald von Aurillac", en W. LOURDAUX y D. VERHELST, (eds.), *Benedictine Culture 750-1050*, Leuven University Press, 1983, pp. 76-95; P. FACCIOTTO, "La *Vita Geraldi* di Oddone di Cluny, un problema aperto", *Studi Medievali*, 3ª Serie, 33 (1992) 243-263; A. M. BULLTOT-VERLEYSEN, "Le dossier de saint Geraud d'Aurillac", *Francia* 22/1 (1995) 173-206; *Idem*, "Des *Miracula* inédits de saint Geraud d'Aurillac. Étude, édition critique et traduction française", en *Analecta Bollandiana* 118 (2000) 47-141; Joachim WOLLASCH, *Cluny, Licht der Welt. Aufstieg und Niedergang der klösterlichen Gemeinschaft*, Artemis und Winkler, Düsseldorf, 1996, pp. 39-43; Dominique IOGNA-PRAT, "La place idéale du laïc à Cluny: d'une morale statutaire à une éthique absolue?", en *Idem*, *Études Clunisiennes*, Picard, Paris, 2002, pp. 93-124, particularmente pp. 97-100.

niacense). El principio que subyace al pensamiento de Odón es el de la reforma de la sociedad, en un sentido muy carolingio. Sin embargo hay un elemento más que es fundamental: Gerardo, siendo un noble y por lo tanto un guerrero, se negó toda su vida a derramar sangre y vencía sus combates en forma milagrosa. Esto es fundamental puesto que en la vida del monje y del sacerdote también derramar sangre es un tabú. Odón hábilmente supera esa dificultad y crea el primer modelo medieval de santidad para el guerrero, bastante antes que san Bernardo, quien es en alguna forma continuador de esta tendencia. En este punto nos encontramos con la tercera dificultad.

Esta es: ¿a quién estaba dirigido el texto? Si bien lo que presenta Odón es un deber ser del laico, el texto no fue dedicado a un noble ni a un rey, a diferencia de los espejos de príncipes carolingios del siglo IX. Paradójicamente Odón lo dedica, incluso dice que lo escribe por insistencia de otro religioso (el abad Aimón). ¿Por qué un modelo de vida para el laico es dirigido a quien no lo es? En este sentido y cometiendo una analogía casi groseramente anacrónica, debemos leer el texto como un tratado de pastoral monástica para el laico. Odón presenta su modelo a otros religiosos con el objetivo de que estos procuren convertir a los nobles con los que se encuentren en contacto, en monjes fuera del claustro. En este sentido debemos tener siempre presente una frase fundamental del prefacio de Odón al texto: “Más nos admiramos de que en nuestra época, cuando ya la caridad casi toda se enfría, estando cerca el tiempo del anticristo, es necesario que cesen los milagros de los santos”. Es en efecto una pastoral en preparación para la Parusía. La idea de que el fin de los tiempos está próximo es fundamental para entender el modelo propuesto por el segundo abad de Cluny. Por supuesto sabemos que el juicio final no se produjo en el siglo IX, sin embargo esta forma de ver al laico noble, como un monje en potencia, acompañó a la *Reforma Cluniacense* durante toda su historia y fue causa de que se estimulara a los señores feudales a ingresar al monasterio. En este sentido es emblemática la conversión, oportunamente estudiada por Constance Bouchard¹⁰, de Hugo I, duque de Borgoña, quien en 1079 abandonó su ducado y se retiró a Cluny en búsqueda de la salvación de su alma.

Por otra parte, la conversión de los nobles guerreros a un modo de vida monástico extra claustral puede tener el objetivo de limitar las guerras feudales que tanto daño hacían a la Europa –sobre todo a la Iglesia– post-carolingia, carente de un estado que al menos intente mono-

¹⁰ Constance BOUCHARD, “Noble Piety and Reformed Monasticism: The Dukes of Burgundy in the Twelfth Century”, en E. ROZANNE ELDER, *Noble Piety and Reformed Monasticism*, *Studies in Medieval Cistercian History* VII, Kalamazoo, Michigan, 1981, pp. 1-9.

polizar el ejercicio de la justicia y la violencia. Faltando esto último, una de las pocas formas –para los monjes– de poner orden, era un llamado a la conversión interior. Esta actitud “misionera” del monacato benedictino cluniacense rompe también con el lugar común del monje viviendo dentro del claustro y desentendido de lo que ocurría en el mundo exterior; en verdad el mundo se las ingeniaba para pasar por encima de las paredes del monasterio y presentarse para los monjes como un problema a resolver o al menos a enfrentar.

Otro dato llamativo en la Vida de Gerardo es su condición de taumaturgo. La taumaturgia real no es una novedad en las biografías de laicos en la alta Edad Media. Señalemos el caso del rey Gontran descrito por Gregorio de Tours¹¹. Este rey tenía efectivamente la capacidad de realizar curaciones, pero hay una gran diferencia con Gerardo, éste último es un laico, es un noble, pero no es un rey, por lo tanto la condición de taumaturgo del mismo es distinta por no estar adscripta a una condición real de la que carecía. Por otra parte Gontran, a pesar de ser taumaturgo, no fue un santo. Por lo tanto, si bien ya había habido laicos curadores antes de Gerardo, esta virtud era en alguna forma externa al mismo, era una virtud propia de reyes, no personal y por supuesto, no demostraba santidad. Gontran, a diferencia de Gerardo, sí derrama sangre, pero Gerardo no es un rey. El caso de Gerardo es, si no único, al menos sumamente raro y en adelante la taumaturgia será reservada sólo al rey de Francia como parte del naciente culto a la monarquía¹². El intento de Odón fracasa, ya que reconocer capacidades milagrosas permanentes a un laico que no ocupa ningún lugar dentro de la jerarquía eclesiástica a pesar de su filo-monarquismo, va en contra de la división por órdenes que los pensadores carolingios proponían para la Iglesia y podía ser eventualmente disolvente para el orden eclesiástico y social (lo que a Odón parece no preocupar, ya que se encuentra viviendo los últimos tiempos del hombre). Es interesante la comparación con hagiografías cluniacenses más tardías, por ejemplo el *Epitafio de la Emperatriz Adelaida*¹³ o la *Vida de Mayol*¹⁴, ambos textos

¹¹ GREGORIO DE TOURS, *Historiae*, éd. B. KRUSCH y W. LEVISON, *MGH, Scriptores rerum merovingicarum*. I, 1937-1951; ver comentario en Yves SASSIER, *Royauté et idéologie au Moyen Âge*, Armand Collin, Paris, 2002, pp. 94-95.

¹² Ver Marc BLOCH, *Les rois thaumaturges*, Publications de la Faculté des Lettres de Strasbourg, 1924; hay traducción castellana en Fondo de Cultura Económica, 1988.

¹³ ODILÓN DE CLUNY, *Epitaphium domne Adelheidæ auguste*, ed. H. PAULHART, *Die Lebensbeschreibung der Kaiserin Adelheid von Abt Odilo von Cluny*, en *Mitteilungen des Instituts für Österreichische Geschichtsforschung, Ergänzungsband*, XX/2, Graz/Köln, 1962, pp. 27-45.

¹⁴ ODILÓN DE CLUNY, *Vita sancti Maioli*, en *Biblioteca Cluniacensis* cols. 279-290, reimpresso en *Patrologia Latina* 142, cols. 943-962.

de Odilón, abad de Cluny, escritos en el primer tercio del siglo XI. En estos dos casos el milagro cumple una función completamente secundaria en un modelo de santidad que se basa mucho más en las virtudes que en la condición de taumaturgos. Por otro lado, no debemos olvidar que el otro elemento mágico que se combina con la taumaturgia para demostrar la santidad de Gerardo a quienes se oponen o dudan de la misma, es la forma milagrosa en la que vence en las batallas.

TEXTO

Epístola introductoria del autor

Odón, siervo de sus hermanos, recordando con afecto al señor abad Aimón.

¡Salvación eterna en Cristo por sus méritos!

¡Venerable padre! Como yo pueda, comienzo <a escribir> temblando este librito, que sobre la conversión y los milagros del beato hombre Gerardo, me exhortas tan imperiosamente a dictar de inmediato. Sin embargo, temo que si lo hago esté presumiendo, si acaso <la tarea> excediera mis fuerzas; y si no lo hago, temo más aún la terquedad de no obedecer. Confiado en la obediencia y en la bondad de Cristo, para comenzar te pido que implores la clemencia del mismo Cristo, de modo que se digne ordenar el relato por amor a su servidor Gerardo, de forma que no sea totalmente indigno de ese hombre, al que decidió glorificar, ni sea para mi causa de transgresión. Es evidente que sigo adelante para evitar la desobediencia, por la que tú te lamentarías grandemente; continúo con las cosas, que me han sido divulgadas, porque tú estás entre los que conocen la cuestión. Vale.

Prefacio

Muchos acostumbran dudar, si acaso son verdaderas las cosas que se refieren acerca del beato Gerardo. Algunos consideran que no son completamente ciertas, sino fantasías. Otros incluso buscando excusas para sus pecados, indiscretamente lo elevaron, diciendo que Gerardo se santificó a pesar de que fue poderoso y rico y vivió con delicias. Ellos seguramente se apoyan en su ejemplo para excusar su vida voluptuosa. Pero no-sotros podemos responderles desde nuestra visión. Pues en verdad no-sotros,

habiendo escuchado desde hace tiempo la fama de sus milagros, igualmente dudamos de estos: sobre todo porque últimamente en algunos lugares se suelen producir reuniones populares, a causa de no sé qué rumores. Las cosas vanas desaparecen, pero como esta cuestión continúa, fuimos a visitar la comunidad del cenobio Tutelense¹⁵ y nos dirigimos como es debido a su sepulcro. Entonces en verdad mandaste llamar a cuatro de aquellos que él mismo había alimentado, al monje Hugo, al sacerdote Hildeberto, también a Wilardo y a otro Hildeberto de los laicos nobles, pero también a otros muchos. Investigamos acerca de las costumbres y la calidad de la vida <de Gerardo>: ya juntándolos al mismo tiempo, ya separadamente. Analizamos con empeño aquello que dijeran solos, para ver si concordaba. Calladamente examinamos si su vida había sido tal que se ajustara a sus milagros. Mas habiendo averiguado cuán religiosamente vivió y de qué forma Dios con su gracia mostró en muchos indicios, cómo era él, ya no pudimos dudar de su santidad. Más nos admiramos de que en nuestra época, cuando ya la caridad casi toda se enfría, estando cerca el tiempo del Anticristo, es necesario que cesen los milagros de los santos¹⁶. Pero seguramente <Dios> se acuerda de su promesa, puesto que a través de Jeremías dice: *No dejaré de beneficiar a mi pueblo*¹⁷. Sobre este beneficio nos da testimonio el apóstol, cuando dice que Dios en ningún siglo nos deja sin su testimonio y actuando bondadosamente llena a los corazones de los hombres con alegría¹⁸. Por lo tanto, ya que hizo maravillas para nuestros padres, de ningún modo debemos ser incrédulos, también glorificará nuestros tiempos si le agrada a su divina Benignidad. Porque también en este tiempo, a través del hombre de hoy se manifiesta la divina Providencia. Seguramente, se ve que así sucede, puesto que ya los hombres abandonan cada cosa hecha o dicha antes por los santos, como si sus corazones estuvieran muertos, pero se sabe que este varón del Señor ha vivido de acuerdo a la ley, al igual que Noé en su tiempo. Dios lo ofreció como testimonio a los que lo miraban, para que lo imitaran, de modo que la fuerza del corazón del prójimo despertase; para brillar en los que vieran, de qué forma vivió justa y piadosamente. No consideremos la observancia de los mandatos de Dios pesados ni imposibles, porque cier-

¹⁵ Abadía de Tulle reformada por Odón.

¹⁶ Cf. ISIDORUS HISPALENSIS, *Sententiarum libri tres*, Migne, *Patrologia Latina*, vol. 83, col 592, línea 19: ... *ob hanc utilitatem cessabunt sub antichristo ab Ecclesia miracula et virtutes, ut per hoc et sanctorum clareat patientia.*

¹⁷ Jr 32,40.

¹⁸ Cf. *Hb* 14,16.

tamente se puede ver que un hombre laico y poderoso los puede observar. Pero nada nutre la desidia del pensamiento de peor forma que no tener en cuenta la retribución de las obras buenas o malas después de esta de vida. Contra esto nos advierte la Escritura, que en todas nuestras obras recordemos nuestro destino último. En verdad, Dios exalta a su siervo también en la tierra delante de sus contemporáneos. A él lo remunera en el cielo: de modo que es dado a conocer a aquellos que desprecian a Dios, para que vean interiormente, cómo no es vano servir a Dios, sino que, como él mismo atestigua, glorificará a quienes lo glorifican y abandonará desconocidos a quienes lo desprecian. Porque en verdad creemos que este hombre de Dios fue entregado como ejemplo para los poderosos, ellos mismos habrán de verlo como uno de sus vecinos y sacado de su misma jerarquía, para que lo imiten: para que así no los condene en el juicio, como la reina del sur a los judíos¹⁹. Nosotros, tomando la naturaleza favorable de sus acciones, escribimos esto, como nos rogaste, para aconsejar a los poderosos, ya que tenemos la oportunidad. Verdaderamente me insistieron no sólo el señor obispo Turpio, sino también el dilectísimo y venerable abad Aimón, junto a otros muchos, con la fuerza de muchos ruegos, de modo que accedí. Ciertamente cuando quise dar una verdadera excusa a mi inacción, se lo tomaron a mal diciendo que estas cosas serían sacadas a la luz en forma menos apropiada. Pero yo, pensando que el relato de un hombre humilde también sería útil, en verdad puse mi fe en los dichos de los testigos. Ellos ciertamente no dieron cuenta de muchos milagros, que el vulgo considera grandes, sino del modo disciplinado de vida y de la obras de misericordia que más placen a Dios. Pues el Rey en el juicio dirá a muchos que profetizaron e hicieron milagros: *No los conozco*²⁰. Serán escuchados los que actuaron acorde a la justicia, en la cual Gerardo máximamente creció: *Venid benditos de mi Padre*²¹. Cosas dignas de reverencia fueron hechas, por las cuales Job, David y Tobías, y otros muchos son beatificados, otras distintas hizo Gerardo. Por lo tanto, habiendo considerado estas cosas, estoy persuadido de que Gerardo es digno del consorcio de los santos, a través de los cuales también el celeste remunerador se digna operar milagros. Pero habiendo tejido este prefacio apologético, habiendo hablado largamente; comencemos ya en el nombre de Cristo.

¹⁹ Cf. *Mt* 12,42 y *Lc* 11,31.

²⁰ *Mt* 25,12.

²¹ *Mt* 25,34.

Libro primero

I. En verdad el varón de Dios Gerardo era oriundo de esa parte de las Galias, que es llamada Céltica por los antiguos²²; queda claro que fue engendrado por su padre Gerardo y su madre Adaltrude en el castillo y villa de Aurillac en ese territorio <la Céltica>, que es colindante con el Arverno y el Caturcense y también con Albi. <Gerardo era> tan excelentemente ilustre por la nobleza de su estirpe, que su prosapia era considerada la más generosa entre las familias galas, a causa tanto de sus obras como por la rectitud de sus costumbres. Se entiende entonces, que los padres de éste le hayan legado la modestia y la religión como herencia. Hay dos hombres que atestiguan la calidad de su estirpe: evidentemente el obispo san Cesareo de Arles y el beato abad Aredio²³. Como el Señor está presente en una concepción justa, la concepción de Gerardo en verdad es propia de los que buscan al Señor: se sigue que la concepción de los rectos sea bendita. Sus padres fueron ricos, lo testimonian predios llenos de siervos, que esparcidos todo alrededor fueron a parar a Gerardo por derecho de sucesión. Pero la belleza del espíritu, que absorbió de sus padres, en él mismo resplandeció aumentada de distintas maneras. En verdad, son los padres que más brillaron con la gracia, puesto que merecieron engendrar a tan feliz prole.

II. Por cierto su padre meditaba con gran empeño hacerse casto en el mismo matrimonio, así habiéndose apartado del lecho conyugal, durmió solo o permaneció solo para dedicarse a la oración, de acuerdo con el apóstol. En verdad, una cierta noche mientras dormía se le aconsejó que conociera a su mujer, porque habría de ser engendrado un niño. Dicen que se le ordenó que lo llamara con su propio nombre: Gerardo. También se dijo que su futuro sería de gran mérito, él conmovido se sentía feliz por esta visión. Luego, nuevamente dormido, veía que del dedo pulgar de su pie derecho nacía una ramita, que poco a poco se convertía en un gran árbol y en seguida se extendía su follaje por el universo. Entonces, él llamando a los obreros, mandaba que se la apuntalara por debajo con soportes, horcas y pértigas. Y aunque ella creciera vehementemente

²² Ver PLINIUS SECUNDUS, *Naturalis Historia*, 4.105: *Gallia omnis Comata uno nomine appellata in tria populorum genera dividitur, omnibus maxime distincta. a Scalde ad Sequanam Belgica, ab eo ad Garunnam Celtica eademque Lugdunensis, inde ad Pyrenaei montis excursum Aquitanica, Aremorica antea dicta.*

²³ San Aredio (+ 25 de agosto de 591), nacido en el seno de una familia del Limosinado, fundador de un monasterio de observancia mixta en Attanum (St.-Yrieix), entre sus relaciones se cuenta a Gregorio de Tours, Venancio Fortunato y a santa Radegunda.

mente, sin embargo él no sentía ningún peso en el sarmiento. Y si se creyera en este sueño, se vería que esta visión de las cosas estaba de acuerdo con lo que se habría de dar en el futuro. Conoció así a su mujer, la cual de acuerdo a lo dicho en la visión concibió un niño. Pero bien pudiera dudarse de esto creyendo que se trata sólo de un sueño. Entonces se produjo un signo evidente de la virtud.

III. Cuando su madre estaba cerca de parir, en verdad nueve días antes del nacimiento, sucedió que ella yacía despierta junto a su marido despierto y no sé qué cosa conversaban, cuando el niño emitió una voz que ambos oyeron. Y como atónitos se quedaron puesto que se preguntaban qué sería. Sin embargo, no podían ignorarlo, pues aquella voz sonó en el vientre de la madre, el padre llamó a la sirvienta, y le ordenó fijarse con una luz de dónde había salido aquel vagido. Cuando ella protestó atónita, que ningún niño en absoluto había allí, que emitiera aquella voz, el niño hizo ruido por segunda vez y luego de un breve intervalo lo hizo también por tercera vez, en verdad de la forma que un recién nacido suele gritar. Por lo tanto, tres veces fue escuchado en el vientre de su madre, lo que es admirable en verdad y consta que sucedió contra lo normal en la naturaleza. No por casualidad, sino habiéndolo dispuesto Dios, ordenador de las cosas, la fuerte voz ya presagiaba, que en su encierro de mortalidad habría de realizar grandes acciones en vida. Pues así como el embarazo continuando en el vientre de la madre, ciertamente vive, pero no tiene ningún sentido, así todo el género humano en esta vida, del mismo modo, es mantenido encerrado entre las angustias del útero a partir del pecado del primer hombre, donde está permitido que viva por la fe en la esperanza de la gloria de los hijos de Dios. Sin embargo no se puede comparar, ni la eficacia de los sentidos como los que tenía el primer hombre antes del pecado, ni la vida que alcanzan los santos luego de esta, donde solo se actúa lánguida y penosamente. Gerardo en verdad hizo ruido en el útero de su madre, porque la fuerza en la fe de la Santa Trinidad expresó más allá de lo normal, a través de aquella palabrita, la feliz fama con la que habría de llenar al orbe.

IV. En verdad nacido y destetado, cuando llegó a aquella edad en la que la calidad de las costumbres se demuestra en los niños, se manifiesta en estos alguna cualidad agradable, los que la examinaban diligentemente deducían el futuro de virtud de este ser humano. En la primera edad, como frecuentemente vemos, suelen los niños irritarse a causa de las incitaciones de la naturaleza corrompida y mirar con malos ojos y querer vengarse o conseguir algo de mala manera. Pero, en el niño Gerardo, una cierta dulzura del ánimo decoraba sus mismos actos infantiles junto a la

modestia, que mucho honra a la adolescencia. El se aplicó tanto por la providente gracia divina como por voluntad de sus padres al estudio de las letras²⁴, de modo que, habiendo recorrido el Salterio, luego fue instruido en los ejercicios seculares como es costumbre entre los niños nobles. Por supuesto guiaba molosos²⁵, practicaba la arquería, acostumbraba pelear con gallos y competir en la caza con halcones. Pero no se dedicó al estudio vano, pasaba el tiempo libre estudiando convenientemente las letras. Fue dispuesto por el divino mandato, que enfermara largo tiempo. Ciertamente, con la fatiga de la enfermedad, se retrajo del ejercicio secular, pero no se le impidió el estudio. En verdad, se llenaba continuamente de diminutas pústulas, que como se habían prolongado durante largo tiempo, ya se creía que no se sanaría. Por esta causa, su padre decidió junto a su madre que se aplicara al estudio de las letras más estrechamente. Con esto es evidente que, si era menos apto para las funciones del siglo, sería ofrecido al oficio eclesiástico, siendo apto para este. Entonces, por esta circunstancia se llegó a que no sólo recitara poesías, sino también estudiara la gramática²⁶. Lo que fue muy útil para él más tarde, porque a través de ese ejercicio fue pulida la agudeza de su ingenio, para todo lo que quiso, se volvió más inteligente. Poseía una mente vivaz y sagaz, siempre a mano para decir qué quería.

V. Habiendo superado la infancia, cuando ya sus miembros llegaban a la adolescencia, el vigor de su cuerpo curó la enfermedad. Llegó a ser tan veloz que atravesara de un fácil salto las espaldas de los caballos y, como fuertemente se entrenaba con los hombres, quería habituarse a la milicia armada. Pero ya había hipotecado su ánimo de adolescente a la dulzura de las escrituras, cuyo estudio anhelaba. Frente a esto es cierto que sobresalía en los oficios militares, sin embargo rodeado por el deleite de las letras, se había vuelto algo lento en aquellos por voluntaria pereza. Creo que ya sentía cómo, de acuerdo al testimonio de la Escritura, *es mejor la sabiduría que la fuerza*²⁷, y nada es más productivo que ella²⁸,

²⁴ En este texto se trata de “letras” sagradas.

²⁵ Clase de perros similar al dogo en Quinto Horacio Flaco. Hoy se utiliza en veterinaria para designar a todo perro corpulento de caza o guerra.

²⁶ La gramática es antes de la escolástica el instrumento analítico por excelencia con el que contaban los teólogos y exégetas. De hecho es a la teología monástica lo que la lógica aristotélica será a la escolástica.

²⁷ *Sb* 6,1.

²⁸ Cf. *Sb* 8,5.

como fácilmente lo ven quienes la honran. Se preocupaba por su mente de adolescente, de modo que era ella su prioridad y era dulce la reflexión de su pensamiento. Entonces, el amor de Gerardo por aprender no podía ser detenido por ningún obstáculo. De allí se dio que aprendiera las escrituras plenamente en forma apropiada y superara a muchos de los clérigos, cuan sabios fueran, en el conocimiento de ellas²⁹.

VI. Una vez que sus padres murieron, recibió todo el poder junto con sus dominios. Gerardo no se hinchó, como suelen hacer los adolescentes, que se ensoberbecen con el poder propio del adulto, ni cambió la modestia de su corazón. Su capacidad de dominar crecía, pero el pensamiento humilde de ningún modo se insolentaba. En verdad, pensaba ocuparse de sus obligaciones, que debían ser cuidadas y como dijimos las había reivindicado como propias por derecho hereditario, y pensaba dejar aquella dulzura del corazón, que ya había mostrado en otros momentos, para dedicarse a las amarguras del negocio terrenal. Debía abandonar de mala gana su vida retirada, sin embargo en cuanto era posible, volvía a ella. Pero parecía caer de lo alto de la contemplación a la ocupación de las cosas terrenales, así como es la costumbre de la cabra, de modo que precipitándose con sus cuernos, luego retrocede, para no morir. De este modo evadía la ruina de la muerte interior recurriendo al amor divino o a la meditación de la Santa Escritura³⁰: Me parece que seguramente ya estaba lleno de aquel espíritu davídico, a causa del cual fervientemente no daba sueño a sus ojos. Mientras no estaba ocupado con las tareas diurnas, encontraba un lugar para el Señor en sí mismo, en donde secretamente bajo su lengua exultante, degustaba cuán dulce es el Señor³¹. Cristo derramaba abundantemente arroyos de aceite en este Job³², de modo que muchas aguas no pudieran extinguir en él la luz de la caridad y para recibir este alimento del corazón, inmóvil, mantenía abierta la boca, sin embargo era reclamado por los de su casa y por sus familiares, para que usara los momentos de ocio y se consagrara a las cosas útiles de otros.

VII. Entonces, admitía mal de su grado las preocupaciones de los

²⁹ Posible alusión muy indirecta a Jesús entre los doctores de la ley.

³⁰ Cf. GREGORIUS MAGNUS, *Moralia in Iob*, M. Adriaen (ed.) 1979-1981, *Corpus Christianorum Series Latina* 143B, lib. 30, par. 10, línea 18: *Ipsi velut ibices nullius casus damna sentiunt, dum in suis cornibus excipiuntur, quia quicquid eis ruinae temporalis accesserit, in testamentis scripturae sacrae se suscipiunt, et quasi cornuum exceptione salvantur.*

³¹ *1 P* 2,3.

³² Cf. *Jb* 29,6.

que protestaban, que eran para él molestas. Por cierto, los que hablaban pretextaban con su voz quejumbrosa, que un hombre poderoso soportaba violencias de personas ínfimas, que saqueaban sus cosas; agregaban que averiguarían cuánto era Gerardo capaz de tolerar, devastarían cualquier cosa que por derecho le perteneciera. Más santo y honesto sería que reconociera la autoridad de la milicia armada, tomara el hierro contra los enemigos, frenara la audacia de los violentos; más satisfactorio sería que los temerarios fueran sometidos con la fuerza bélica, antes que los campesinos e indefensos fueran oprimidos injustamente por ellos. Cuando Gerardo escuchó estas cosas, exhortado, no por la fuerza, sino por la razón, fue movido a la misericordia y defensa, y poniéndose totalmente a disposición de la divina misericordia, ¡cómo cuidaba de los niños y visitaba a las viudas, de acuerdo con el precepto apostólico, de modo de mantenerse inmaculado frente al siglo!³³

VIII. Entonces, se dedicaba ya a la represión de la violencia de los violentos, observando con empeño en los que sometía, que prometieran la paz y la reconciliación agradable a sus enemigos. A esto se aplicaba enteramente, de modo que vencía al mal con el bien. Si unos no se ponían de acuerdo, actuando a favor de la justicia ante los ojos de Dios, ciertamente los aplacaba y los reducía a la paz. Cuando en verdad la malicia plebeya de algunos se burlaba de este hombre pacífico; ya entonces sacando la aspereza de su corazón, desgastaba las muelas del malvado, de modo de arrancar la presa de sus dientes, como Job³⁴. Sin embargo, no era movido por el deseo de venganza, como es costumbre de la mayoría, ni seducido por el amor de la alabanza vulgar, sino que hervía en la predilección por los pobres, que no podían defenderse a sí mismos. Mas no permanecía pacientemente inactivo, para que no se creyera que descuidaba el cuidado de los pobres; ordenaba que el pobre fuera arrebatado y liberado de manos del pecador. No golpeaba entonces al pecador con el cuerno³⁵. Sin embargo, algunas veces lo empujó la necesidad inevitable de luchar, mandó a los suyos con imperiosa voz que, habiendo dado vuelta sus espadas, lucharan con lanzas sin punta. Esto hubiera sido ridículo para sus enemigos, si no fuera que Gerardo estaba fortificado por la fuerza divina; era entonces invencible para sus enemigos. También habría sido considerado por los suyos un incapaz si no hubiera demostrado que Gerardo, al que la piedad

³³ Cf. *St* 1,27

³⁴ Cf. *Jb* 29,17

³⁵ Cuerno del rinoceronte del que se habla un poco más abajo.

vencía en el instante decisivo de la lucha, sería siempre invencible. Por lo tanto, cuando vieron que triunfaba una nueva forma de luchar, en la que se mezclaba la piedad, cambiaron la risa en admiración. También seguros de la victoria, cumplían animosos lo que les ordenaba. Por cierto, no se ha escuchado que alguna vez se les escapara la victoria, o a él o a los soldados que lucharon bajo su fidelidad. Pero, y esto consta como cierto, ni él mismo hirió nunca a nadie, ni fue él jamás herido por nadie. Ya que Cristo, tan benéfico por su amor, estaba a su lado, como está escrito, mirando su corazón, entonces no permitía que los enemigos lo atacaran, puesto que esta sola audacia era una locura. Que a nadie llame la atención que un hombre justo tenga en algún momento que luchar, aunque parezca incongruente con la religión. Quienquiera que piense así, si pesara la cuestión con justa balanza, no probará ciertamente que la gloria de Gerardo haya sido oscurecida por esto. Puesto que, algunos de los Patriarcas, cuan santísimos y pacientes fueran, sin embargo por causa de la justicia que lo exigía, corrieron virilmente contra los adversarios con un arma, por ejemplo: Abraham, que derrotó a una multitud ingente de enemigos para rescatar a un sobrino³⁶. Y el rey David, que también dirigió legiones contra su hijo³⁷. Gerardo, cuando combatía, no pasaba por sobre los derechos de otros, sino que defendía los suyos. No ignoraba al rinoceronte, o sea cualquier poderoso, que está atado con una correa a la tierra y hace pedazos a los opresores de los humildes³⁸. No lleva el juez, como dice el apóstol, la espada sin razón, es vengador de Dios por cierto³⁹. Entonces corresponde al hombre laico llevar la espada en su situación de luchador, para que defienda, como está escrito, al pueblo indefenso o al rebaño inocente de los lobos vespertinos⁴⁰ y detenga a los que la admonición eclesiástica no puede someter, ni por la fuerza armada ni por la ley. Entonces que su gloria no sea oscurecida por haber luchado por causa de Dios, que es por lo que el orbe de la tierra lucha contra los insensatos; ¿quién no lo alabaría? ya que siempre sin engaño ni trampas venció a todos sus enemigos, protegido por Dios, de modo que su espada, como dijimos más arriba, nunca se enrojeció con sangre humana. Pero en adelante, el que tome las armas contra los enemigos según su ejemplo, tam-

³⁶ Gn 14,13-16.

³⁷ 2 S 18,1 y ss.

³⁸ La exégesis del rinoceronte de *Job* XXXIX, 9-10 durante la Edad Media es sumamente dependiente de san Gregorio. Ver GREGORIO MAGNO, *Moralia in Iob*, lib. 31.

³⁹ Rm 13,4.

⁴⁰ Ha 1,8.

bién según su ejemplo busque no su propia conveniencia, sino la común. Verás pues que algunos, que por amor de la alabanza o del lucro, se exponen a los peligros atrevidamente, soportan con agrado los males del mundo: aunque hacen frente a las amargas de éste con alegría pierden en su búsqueda, como ya he dicho. Pero esta es otra cuestión. La obra de Gerardo en verdad es luminosa, porque es el producto de la simplicidad de su corazón.

IX. El antiguo embustero había observado atentamente las costumbres del adolescente y, como no se qué cosa divina observó en él, se inflamó de envidia y se esforzaba en tentarlo con trampas. Pero Gerardo ya meditaba refugiarse en el seno de la divina piedad orando y rechazarlo a través de la gracia de Cristo. De manera insistente el enemigo envidioso intentó reinar en él a través de la carne, pero fracasó. Instigaba a los vientos de la guerra en su contra haciendo uso de hombres malvados, de modo que atacara con ellos el alcázar de la piedad de su corazón, en el que no podía irrumpir por sí mismo. Volvamos a tratar de su juventud. En verdad el enemigo ingenioso se ensañaba contra su castidad, que el joven estimaba con empeño. Como era nuevo e inusitado para aquel que algún jovencito evadiera con seguridad el naufragio del pudor, entonces le recordaba el deseo, que es lo primero o lo mejor para burlar la virtud en el género humano. Como él lo rechazaba totalmente, el enemigo se retorció, puesto que ciertamente no podía poner el deseo a las puertas de su corazón. Repitió la trampa y recurrió al instrumento de engaño, con el que Adán y sus descendientes suelen ser máximamente engañados, o sea, la mujer. Como suele ocurrir, presentó ante sus ojos a una jovencita. Él pues incauto comenzó a observar en ella el color de su blanco cutis, luego a ablandarse por su encanto. ¡Oh, si directamente contemplara con el intelecto lo que latía bajo la piel!, porque ciertamente nada de la carne es hermoso, salvo el disfraz de la piel. Apartó él los ojos, pero ella permaneció impresa en su corazón a causa de sus mismos rasgos y así era angustiado, seducido y abrasado por un ciego amor. Finalmente vencido, avisó a la madre de la joven, que iría una noche. Cumpliendo él su anuncio, se apresuraba a la destrucción de su propia alma. Mientras tanto en verdad, así como los cautivos entre sus cadenas recuerdan gimientes la prístina libertad, suspiraba Gerardo y recordaba la habitual dulzura del amor divino y con enfermo estado de ánimo rogaba a Dios que no desapareciera aquella tentación. Llegó a la cita, entró con la joven a la recepción, como hacía frío, estaba de frente al fuego: Gerardo en verdad por gracia divina la miró. Le pareció luego ver a esta joven tan deforme, que no creía que ella fuese quien él había visto, pero su padre sostenía que era la misma. Sin embargo, él comprendió que esto no sucedía sin intervención divina, por-

que esta jovencita no tenía ante sus ojos aquella belleza, por lo tanto retornó a la misericordia de Cristo y suspirando profundamente ascendió a su caballo, no lenta sino rápidamente, partió dando gracias a Dios. Entonces el intenso frío cayó fuertemente sobre él, permitió que lo consumiera toda la noche, de modo que la glacial dureza castigara el calor de su pequeño deseo. Incluso ordenó al padre sin detenerse, que llevara a su hija para casarla y él mismo la entregó con libertad y le concedió por derecho testamentario una pequeña heredad. Quizás temeroso de su fragilidad, hizo acelerar las nupcias. Por causa de la limosna y de la dote de libertad que dio, no quiso que se retardara el matrimonio. ¿En verdad, tú, futuro cedro del Paraíso, pudiste así de esa forma ser agitado? Ciertamente sucedió para que supieras qué es lo que llegarías a ser. Pues aquel tu patrono, el primero de los apóstoles, al cual te encomendaste tú y todas tus cosas, no se habría conocido a sí mismo suficientemente si no hubiera sido engañado por la tentación. Ahora en verdad tú que eres hombre experimentado tanto por ti mismo como a través de la gracia de Dios, no desprecies compadecerte de la fragilidad de los tuyos. Mas sabemos que no es desacostumbrado para los santos ser tentados. Evidentemente nacimos con los vicios de una naturaleza corrupta, se hace claro que si alguna vez los santos luchan, venzan luchando y venciendo sean coronados. Hay que distinguir a quien sucumbe retornando al placer del vicio, de quien luchando contra éste vence y mejor aún, ocupando su mente en el placer de las virtudes, repele con el antídoto de la piadosa súplica el veneno del placer depravado, que desperdicia el tiempo. Pero este adolescente, más discreto con la experiencia de este peligro, caminaba más cautamente de la misma forma que alguien que sabe dónde se encuentra parado. Bastante desconfiaba de que sus ojos mostraran a su corazón alguna cosa, puesto que son las ventanas a través de las cuales la muerte entra en el alma.

X. Por otra parte el dulce y recto Señor, que preservó con la dulzura de la piedad a su siervo Gerardo del estupro, no omitió castigarlo con su justicia por su concupiscencia. Pasado en verdad no mucho tiempo y durante un año largo, sufrió de un glaucoma que le produjo ceguera, de modo que los ojos, que vieran aquellas cosas ilícitas, ciertamente no pudieran ver ni siquiera las lícitas por un tiempo. Como ciertamente ni en su iris ni en sus párpados apareciera ninguna cosa defectuosa, querían los familiares curar la ceguera y, astutos, con gran cuidado la ocultaban a los extraños. Él en verdad humillándose bajo la mano de Dios, que lo guiaba, callaba preparado para sufrir. Ni se negaba a la medicina sana para el cuerpo, ni indagaba con insistencia, cuándo o de qué modo su Señor apartaría los castigos, una vez saciada su voluntad de herirlo, y se mantenía pacientemente firme. Es verdad, que Dios regenera a todo hijo, cuan-

do lo castiga, y también el árbitro interior purga ahora las mínimas manchas en sus elegidos, no sea que en ellos algo ofenda a sus ojos algún día. A través de este castigo consiguió que su mente juvenil fuera limpiada del pasado y así purificado podría servirse de él en el futuro. Por lo tanto, cuando Dios hubo satisfecho en él su voluntad, dio fin al castigo y devolvió la luz a sus ojos.

XI. Ya en verdad él, afligido por sus sentidos atormentados, llevaba una vida honesta y estaba más inclinado a practicar el camino intermedio de la discreción. Es claro que no habría de abandonar sus deberes por causa de cuestiones seculares, ni cambiaría el culto religioso por la ocupación terrena: reunía a los hombres más honestos, para que fueran sus servidores, y con los clérigos de mejor fama ejercía el oficio divino en su casa o fuera de ella, con todos juntos o individualmente y respetaba los domingos. Un cierto día había arreglado una reunión con hombres nobles para realizar una actividad placentera. Él consideró que ellos se atrasarían, planeó llegar temprano y antes de que hubiera comenzado a amanecer se puso en marcha. En verdad, tenía cuidado a pesar de su opulencia, de no ser lento y pesado como algunos otros, que en cuanto salen de sus camas lo primero que hacen es abandonarse a la ebriedad, como es de costumbre ahora para algunos. Era así superior a sus amigos. Contra esa costumbre hablan las escrituras: “¡Ay, tierras cuyos príncipes temprano comen!”⁴¹. Pero Gerardo no era así, como aquel que mandaba indignamente. Era amo y señor sobre muchos, pero se hizo siervo del dominio sobre los vicios. En ayunas iba a la reunión placentera completamente sobrio, para no carecer del juicio de la razón. Mas meditaba qué cosa de Cristo, qué de la paz, qué cosa manifestaría para el bien común. Pero si había que partir a alguna parte luego de las *laudes* nocturnas, atendía a la solemnidad de las misas: así partía habiéndose entregado él mismo y los suyos a la divina clemencia. Los mencionados domingos, cuando era necesario partir antes de la aurora, adelantaba la misa. Pero habiendo terminado aquella reunión, esperaba oír misa, pero en ninguna parte fue posible hacerlo. Entonces, abatido, meditaba mucho buscando la forma de resolverlo. Como en verdad fuera en vano, llamó a los clérigos que estaban allí y con ellos a todos los caballeros salmistas⁴² diciendo: “Es mi culpa que este santo día pase en vano para nosotros. Pero hay algo que se puede hacer en alabanza de Dios, para que no veamos perderse inútilmente el santo día”. Dijo esto y leyó junto a ellos el salterio desde el inicio, con voz nada mor-

⁴¹ Is 5,11.

⁴² *Omnes psalmistanos milites.*

tal. De allí ya estableció para sí mismo la costumbre de recitar casi cotidianamente el salterio. Con este ejercicio se lo veía alegrarse satisfecho espiritualmente, como suele alegrarse uno cuando ha saciado un deseo.

XII. Si consideramos ciertos hábitos corporales veremos cómo fue recompensado. Pues es cierto que la carne carece de utilidad, es cierto que la belleza es una gracia falaz, sin embargo, como suele ser el combustible del deseo y de la soberbia para algunos, se debe alabar en este hombre que por un lado fuera hermoso pero por el otro no se manchara con el fango del deseo. Gerardo era de estatura mediana, como se dice *euforme*, esto es bien formado. Su belleza adornaba cada uno de sus miembros, tenía el cuello blanco, derecho como una escuadra, de modo que difícilmente creerías haber visto otro tan agraciado. Sanamente la belleza del alma decoraba la elegancia del cuerpo. La manera de ser de su corazón se manifestaba en su rostro y esto lo testimonia la Escritura, cuando dice que la risa de los dientes y la presencia del rostro, demuestran la cualidad del hombre interior⁴³. Ya habrá de gustar cuán dulce es el señor⁴⁴ y cuán suave el abrazo del esposo celeste; y por esto la bella imagen de su alma no soportaba ante los ojos de su mismo esposo ser seducida por el deleite de la carne. Los suyos alegres solían alabar su cuello. Sin embargo, no indignaba a estos, porque la soberbia, que siempre es intratable, no lo podía reclamar para sí. Era además muy veloz gracias a la resistencia de su cuerpo y vigoroso con la fuerza propia de los hombres. Por esto debe ser recordado, ya que es loable quien pudiendo enorgullecerse por su físico, se haya rebajado en la humildad. Por lo contrario, son reprobables quienes teniendo poco o nada de esto se enorgullecen. Luego en verdad, cuando se aplicó plenamente a los estudios intelectuales, aquella agilidad del cuerpo se marchitó por completo. Además era muy agradable por su habitual conversación y profundo en su consejo agudo para tratar y disponer las cosas. Y aunque evitara las palabras tontas, sin embargo profería las serias de tal forma que también en esto agradaba a los suyos. Ni era demasiado burlón al decir las cosas menores, ni insistente para recordar las injurias. Mas no era fácil para conceder beneficios, ni mutable como para quitar los que concediera. Nunca afirmaría con seguridad algo, sabiendo que se trataba de un pecado.

XIII. Intentaba con la sobriedad proteger de la ebriedad no solo a sí mismo sino también a los suyos. Pues sus comensales, ni eran voraces,

⁴³ *Si* 19,26-27.

⁴⁴ *I P* 2,3.

ni bebedores. Ni invitaba huéspedes para beber, ni consumía más bebida que todos los restantes comensales. Y así moderaba el convite, para que no salieran borrachos de allí, pero tampoco un tanto tristes. Y como a los huéspedes, a cuya condición de hombres se consagraba por completo, les daba de comer temprano. Sin embargo, él mismo no comía antes de la hora tercera o permanecía en ayunas hasta la novena. El beato príncipe observaba aquel precepto de la Escritura: que en su vida coma para restablecerse y no por lujuria⁴⁵. Nada en verdad él evitaba más que la ebriedad, que es lo que está antes de la muerte del alma y excluye del Reino de Dios, como atestigua el apóstol; igual que el homicidio, también es probado perjuicio para el cuerpo. De allí por cierto la debilidad de los hombres, de allí el temblor de los miembros, de allí la debilidad de los sentidos, de allí la vejez temprana, es deshonrada la figura, el habla, el rostro y corrompido todo decoro de la religión. Puesto que nadie puede simultáneamente llenarse de vino y de Espíritu santo, ni puede defender a Jerusalén del fuego de la fornicación de ninguna manera, si no quisiera alejar a Nabuzardán, príncipe de los cocineros, de su asedio⁴⁶.

XIV. Siempre eran preparados públicamente los asientos para los pobres y algunas veces las mesas eran servidas por ellos, de modo que vieran por sí mismos qué y cuánto se les daría de comer. No había un número claro de los que serían recibidos sino que cuando estuvieran presentes muchos, que eran considerados suficientes, eran introducidos. En verdad ninguno nunca era echado de la puerta sin limosna. Los sirvientes cuidaban que siempre hubiera a mano vianda, que él mismo les daría. También la bebida era llevada, inspeccionada y degustada, para que ellos mismos bebieran primero y les daba el centro de su pan. Creía ciertamente recibir a Cristo en ellos y lo honraba con reverencia en ellos, a través de ellos lo hacía entrar en sí mismo. Su alimento, como dice el profeta, es alimentar al cansado⁴⁷. Los que no dan la limosna que es debida disminuyen para sí su recompensa, puesto que no reciben a los pobres. Puesto que Cristo dice: *era un extranjero y me recibiste*⁴⁸, así se considerará que excluyen a su propio maestro. Mas para que el precepto del Señor fuera mayor que la

⁴⁵ *Qo* 10,17.

⁴⁶ 2 *R* 25,8 y ss; ver también ISIDORO, *Allegoriae quaedam Sanctae Scripturae vel de nominibus legis et evangelii*, en Migne (ed.), *Patrologia Latina* tomo 83, col. 116, línea 26: 128. *Princeps coquorum qui muros Jerusalem subvertit, hoc significat quod omnes qui ventris desiderio serviunt virtutes animae destruunt.*

⁴⁷ *Is* 28,12.

⁴⁸ *Mt* 25,35.

justicia de los fariseos, hacía que la novena parte de los pagos de sus tierras fueran devueltos. De allí que en sus mismas casas los pobres eran alimentados: las ropas y calzados les eran suministrados. A los que iban en busca de unas monedas, que él mismo llevaba a este fin, las suministraba de inmediato ocultamente o él mismo o a través de un sirviente confiable. Algunas veces, cuando las monedas hubieran sido dadas a algún hombre, él mismo recibía como los indigentes, alegre y deseoso de ser asimilado a los pobres; a los cuales sin embargo daba constantemente. Recompensaba el ejercicio del oficio divino como si se tratara de un regalo recibido.

XV. El momento de la comida era respetado con gran reverencia por él. No reinaba allí la locuacidad ni la bufonería, sino que tenían lugar conversaciones o necesarias u honestas o ciertamente palabras divinas. En efecto, comía una sola vez en todo el día. Los días de verano cenaba directamente algo crudo. Se leía en su mesa mucho; pero para estar también con los seglares suspendía a veces la lectura⁴⁹, preguntaba a los clérigos qué se podía decir sobre esta: él sabía cuáles de ellos podrían responder. En verdad, alimentaba a nobles clérigos, que mostraban no sólo honestidad de costumbres sino también elaborada erudición. Por cierto, se presentaba más austero que los jóvenes, diciendo que era en gran medida peligrosa aquella edad, cuando todo adolescente mientras abandona el parecido con la voz y rostro maternos, comienza a asumir la voz y rostro paternos; y él entonces se aplicaba a observar cuál superaría con facilidad los impulsos de la carne. Cuando ellos, a los que preguntaba acerca de la lectura, rogaban que mejor él mismo hablara, solía mostrarles lo que una disertación pomposa no proporcionaba, sino una docta simpleza. Entretanto, como suele suceder que no faltan nunca los que hacen bromas o chistes, no las detenía con indignación mordaz, sino como bromeando igualmente. Nunca sin embargo, se permitía decir una vanidad en presencia de nadie. Por cierto renovó lo que se ordenó a todos los cristianos en común: que cada uno coma su pan en silencio. En las comidas el lector repetía siempre la lectura. Así Gerardo pasaba la mayor parte del tiempo de la comida o hablando de Dios o con Dios, hablándole a través de la lectura. Vieron este ejemplo suyo aquellos que, contra la réplica del profeta, están siempre entre sus invitados tocando la cítara y la lira⁵⁰, se alegran con sus diversiones y exultan ante el sonido del órgano⁵¹. No observan la obra de Dios, puesto que en medio de las voces de los que hacen ruido no oyen

⁴⁹ *Lectionem.*

⁵⁰ *Is* 5,12.

⁵¹ *Jb* 21,11-12.

ni siquiera el clamor del pobre⁵². ¿Qué entonces? Verdadero es lo que dijo Cristo: *de la abundancia del corazón habla la boca*⁵³. Aquellos que siempre hablan de cosas materiales y poco o rara vez de Dios, es claro que aman más otras cosas o que sus corazones están llenos de alguna otra cosa. Ojalá ellos prevean como Gerardo las cosas últimas, y cada vez que coman, cada vez que beban hagan todo para alabanza de Dios, de acuerdo con el precepto del apóstol⁵⁴. Se abstenía de la carne tres días por semana y todo el tiempo que está indicado para la abstinencia. Con todo, si en aquellos días aconteciera una fiesta anual, también cumplía la abstinencia, de modo que, cualquier día exento, igualmente se abstenía y alimentaba a un pobre más que los acostumbrados, con lo obtenido de la festividad. Si no llegara en verdad a ayunar el día domingo, de ninguna manera lo transgredía, ni escapaba bajo una excusa, sino que cumplía la solemnidad del ayuno el sábado anterior. No sería impropio que un hombre santo, que se conmueve con estas cosas, considere que la humanidad puede purificarse, esto es: que coma sin el vicio de la concupiscencia y el juez interior no atienda a la calidad de la comida, sino a la necesidad o al apetito por el cual uno es atacado, como Elías el profeta y Esaú prueban con su ejemplo. Es lícito para un hombre laico, sobre todo tan justo, hacer uso lícito de las cosas, que no son lícitas para aquellos a los que no está permitido por su estado.

XVI. Siempre usó vestidos de lana o lino, no como los que presumen y elaboran los hijos de Belial, que ciertamente no están sometidos, sino de acuerdo con la antigua costumbre, tejidos de tal modo que ni huelan a pompa afectada, ni sean señalados por su rusticidad plebeya. No se preocupó en adornarse habitualmente con sedas o con telas preciosas, ni ciertamente con el pretexto de una festividad cualquiera, ni por la presencia de algún marqués. No se preocupaba de cambiar ni renovar durante veinte años el cinturón, con el que suele ser atada la vaina de la espada a la espalda, si es que pudiera durar tanto tiempo. ¿Qué diré acerca del tahalí o de los ambiciosos cinturones o de la fibula, de las faleras de los caballos, ya que él no solo no se exponía a llevar oro, sino tampoco a tenerlo encima? Evidentemente, no consideró al oro su fortaleza, ni se gloriaba en la magnitud de sus riquezas, sino en Dios. Como esos religiosos, que se preocupan por perfeccionar el culto del cuerpo con aplicación desvergonzada e infatigable: realizan esto con gran esfuerzo, de forma que la

⁵² *Jb* 34,28.

⁵³ *Mt* 12,34.

⁵⁴ *1 Co* 10,31.

reverencia, que eliminan en sí mismos con sus costumbres, la hacen desaparecer también para quienes los observan con sus vestimentas. Más con- vendría a estos que se ocuparan de cultivar sus almas, que podrían de inmediato embellecer.

XVII. Los pobres y los que sufrían injurias podían acceder libremente a él, no necesitaban ellos para encomendarle su causa llevarle algo de regalo. Más aún, cuanto más pobre le pareciera, mayor importancia tenía ante sus ojos. Ya en verdad su bondad resonaba no sólo en las regiones vecinas sino también en las remotas y como todos notaban cuán bondadoso era, muchos resolvían sus necesidades a través de él. No se negaba a asistir a los problemas de los pobres por sí mismo a través de los suyos, y cuando era posible condecía su favor. Frecuentemente por cierto, cuando se enteraba de que las duras guerras se abrían paso entre quienes eran enemigos, el día en que la causa se ventilaba hacía celebrar misas por ellos. Para quienes no podía auxiliar humanamente solicitaba el auxilio divino. No soportaba que un señor pudiera quitar sus beneficios a su vasallo por un cambio humor, sino que habiendo arbitrado en la cuestión, en parte con ruegos, en parte con autoridad, contenía el cambio de ánimo del exasperado. Sólo por esto consideraría elevada la fuerza de su rectitud. ¡Cuántas veces el pobre fue sostenido fuertemente frente al poderoso! Se dedicaba así a sostener al débil, hasta el punto de que quebraba al más fuerte sin hacerle daño. No soportaba además que hubiera alguien verdaderamente hambriento de justicia, esto no sólo en sus tierras, sino también en las ajenas.

XVIII. La sed de justicia, como el hambre, ardían en él continuamente. En efecto, ni la sencillez, ni la benignidad abandonaban el ardor de su celo, ni el ardor de su celo la bondad de su sencillez. Ciertamente como se dice de Job, que era simple y recto⁵⁵, este hombre cuidaba mucho de los pobres; con todo, no descuidó nunca castigar a los culpables: es evidente que no ignoraba que era mandato divino para todos que un crimen no puede permanecer impune, los temporales se castigan con un suplicio. Por eso en verdad el rey David, muriendo, ordenó que Joab y Semei fueran castigados. Hubo una vez que unos ladrones habían ocupado cierto bosque y cometían rapiñas y males contra viajeros y vecinos. Cuando Gerardo escuchó esto, sin demora se dirigió a capturarlos. Entonces cierto rústico se había unido a ellos movido por el miedo. En verdad los soldados que los arrestaron, temiendo mucho que el señor Gerardo o los per-

⁵⁵ *Jb* 1,1; 1,8; 2,3.

donara o los inculcase a ellos por llevarlos sin castigo, sin demora les sacaron los ojos a todos. Por esta cuestión aquel rústico fue cegado. Él volvió luego a la región de Toulouse. Luego de mucho tiempo Gerardo se enteró de que no era compañero de los ladrones, en gran medida se entristeció, averiguó si acaso vivía o dónde estaba. Pero habiendo descubierto que se había dirigido a la provincia tolosana, le envió cien sólidos, según se dice, ordenando a un correo que pidiera su perdón a su vez.

XIX. De la misma manera, cuán clementemente consolaba a los afligidos o cuán frecuentemente se apiadaba de los sometidos. Valga este ejemplo: vecinos suyos atacaban cada vez con más fuerza a cierto presbítero por causa de un litigio, al punto que le arrancaron los ojos. Evidentemente el señor lo consoló mucho con palabras, disuadiéndolo a la paciencia. Pero para que el consuelo de las palabras no pareciera debilidad, le entregó cierta iglesia de su jurisdicción, luego de haber hecho solemnemente un juramento⁵⁶. Pasó cierto tiempo, cuando uno de estos que había utilizado la fuerza contra el presbítero, fue capturado por los oficiales y encerrado en la cárcel. Lo cual por su gravedad fue anunciado al señor de inmediato. Él con firmeza, apresurándose como si tuviera deseo de castigarlo, se dirigió al lugar de la cárcel. En verdad otras cuestiones aparecieron, que era necesario resolver para el día siguiente. Por lo tanto por esa razón ordenó que el reo fuera demorado hasta entonces. Pero por la tarde cuando los oficiales se retiraron a sus hogares, comenzó secretamente a observarlo. Cuando se llenó con alimento y bebida y habiéndole dado calzado, puesto que había sido descalzado, permitió que se escapara. A la mañana siguiente en verdad ordenó a sus hombres predilectos, que iban llegando, conducir al reo frente a su señor. Alguien había avisado a los guardias de la cárcel, ellos temblando le indicaron que el reo se había fugado. Pero él, queriendo ocultar el hecho, hacía como que amenazaba al guardia. Pero luego de la misma manera dijo: “Bien se hizo, puesto que el presbítero ya les había perdonado el daño”.

XX. Así habiendo sido atados los dos, a los que el importante acusado había sido encargado, fueron presentados ante él⁵⁷. Quienes los acu-

⁵⁶ En la alta Edad Media era muy común que los señores poseyeran iglesias (el término alemán *Eigenkirche* es el más habitualmente utilizado para designarlas), que habían sido fundadas en tierras de su propiedad, y las otorgaban a presbíteros de su agrado de la misma forma que otorgaban beneficios seculares a otros vasallos con un juramento de fidelidad a cambio. Esta costumbre comenzó a modificarse con la expansión de la Reforma Cluniacense y sobre todo con la Gregoriana, que interpretó la situación como una forma de simonía.

saban instaban en verdad a que ordenara directamente matarlos en la horca. Él disimulaba, pues no quería liberarlos abiertamente. De este modo efectivamente se moderaba en cualquier obra de piedad, para que no pudiera verse su piedad excesiva. Mirando luego a los acusadores dijo: “Si decís que deben morir, primero de acuerdo a la costumbre popular alimentémoslos”. Entonces ordenó que les llevaran comida y bebida y que los desataran para comer y cuando hubieran sido alimentados, les dio su navaja, diciendo: vayan y ustedes mismos, traigan el mimbre, con el que deben ser ahorcados. No lejos había un bosque, que había crecido poblado de ramas. Ellos entraron al bosque como si buscaran mimbre, se adentraron poco a poco más lejos y súbitamente desaparecieron, así escaparon a la muerte. Los que estaban allí, comprendiendo su consentimiento, no se atrevieron a buscarlos entre la maleza. Podríamos tratar igualmente acerca de las personas que se habían dedicado al mal: o las castigaba con condenas o las marcaba a fuego con el signo de la deshonra. Mas a aquellas personas, que no por maldad acostumbrada, sino por cualquier otra razón, hubieran perpetrado algún mal, las despedía indemnes. Nunca en verdad se ha escuchado que estando él presente se haya castigado a alguien con la muerte o se le haya cortado un miembro.

XXI. Recordamos unos pocos y solitarios de sus muchos actos, que sin duda son suficientes para exhibir las acciones piadosas que hemos descubierto. También incluimos algunas cosas menores, por las cuales grandemente puede demostrarse su preocupación en actuar piadosamente. Que baste lo siguiente: cuando una vez andaba por tierra pública, una mujer rústica conducía el arado en un campito contiguo al camino. Cuando preguntó por qué una mujer realizaba el trabajo de un hombre, ella respondió que su marido estaba enfermo ya hacía tiempo, que el tiempo de la siembra estaba pasando, que ella estaba sola y no tenía a nadie que la socorriera. Como ciertamente él se apiadó de su calamidad, ordenó darle tantos dineros, cuantos días de siembra habían pasado, para que contratara un campesino los días restantes y ella por consiguiente dejaría el trabajo masculino. De todo lo artificial, como dice Ambrosio, se aparta la naturaleza y Dios, autor de esta, se horroriza de lo que está contra ella. Pues esta cosa es pequeña en sí misma, pero el ánimo del hombre recto, que está de acuerdo con las leyes de la naturaleza la hace grande.

XXII. Así también en otra ocasión tomó un camino. No lejos un

⁵⁷ Como se puede ver entre el capítulo XIX y el XX hay un error de estructura. Probablemente por una laguna en el texto, que podría aclararse recurriendo a los manuscritos, cuestión que dejaremos planteada para quien esté interesado en hacerlo.

rústico cosechaba garbanzos. Cuando los jóvenes, que iban adelante de su señor, comieron de allí, él observó esto, soltó su caballo y llegó conmovido al hombre, preguntando si los muchachos se llevaron garbanzos. Él dijo: “yo, señor, los di gratis”, y el señor contestó: “sea Dios bondadoso contigo”.

XXIII. Sucedió otra vez que, cuando sus sirvientes prepararon la comida bajo la sombra de los cerezos, antes de que él llegara, sacaron ramitas que colgaban con los frutos ya maduros. Él pagó con precio de plata al rústico que se quejaba. Alguno dice que estas cosas no son dignas de relato, pero nosotros mostramos indirectamente al hombre timorato, a través de estas cuestiones, que él que no rechazaba las cosas pequeñas. ¿No podría entonces resolver las mayores? ¿Acaso no fue aprobada por el señor la actitud de la viuda a causa dos monedas?

XXIV. En verdad, era tan bondadoso como pacífico respecto de aquellos que estaban bajo su poder, tanto que era admirable para los que lo observaban. Pues frecuentemente le reprochaban que fuese blando y tímido, el permitía ser injuriado por personas ínfimas como si careciera de fuerza. No obstante no se indignaba fácilmente contra los que le reprochaban, como suelen enfurecerse los señores, sino levemente. Alguna vez por cierto tuvo a su alcance no pocos de los campesinos, que habiendo abandonado sus colonatos, migraron a otra provincia⁵⁸. Cuando los reconoció y los interrogó, respondieron que habían sido injuriados por él, cuando en verdad él mismo los había beneficiado. Los soldados que se paseaban junto al príncipe, estaban convencidos de que él ordenaría azotarlos y los obligaría a volver a sus chozas, de donde se habían alejado. Pero él no quiso, ya que consideraba que su Señor y el de ellos era uno mismo en los cielos, además se había acostumbrado a dejar las amenazas y no solía levantar la fuerza de su mano contra el débil. Por lo tanto les permitió irse, con lo cual tuvieron mejor opinión y les dio permiso para hablar. No sin vergüenza escuché a uno que contaba que Gerardo no acostumbraba reducir la deuda de un deudor. Falso es: así atestiguan los que frecuentemente lo vieron, que no solo disminuía el aumento de la deuda, sino también el capital debido.

XXV. Aunque sus campesinos así como los clérigos, que lo apreciaban afectuosamente como a un padre, frecuentemente le llevaban tortitas de cera, que el recibía en gran número, dando muchas gracias, sin

⁵⁸ Los campesinos en la Edad Media, y en algunos lugares como Rusia hasta mediados del siglo XIX, no tenían derecho a abandonar las tierras de su señor sin su permiso expreso.

embargo no permitía que algo de esa cera ardiera para su propio uso, sino que la gastaba toda en luces delante del altar o de las prendas santas <reliquias>, que hacía llevar también consigo. En verdad la cera para él en su dormitorio salía de otro lado, sus sirvientes preparaban ante él cortezas de álamo o ramas de abeto. Pero del modo que él se preocupaba de que no se usaran los regalos que le eran dados en forma particular, ¿cómo puede sostenerse que exigiera el pago de fianzas sin indulgencia? ¿Acaso no es más factible que frecuentemente por propia iniciativa disminuyera lo que sus deudores le debían por ley? También devolvía, de acuerdo con el precepto del apóstol, las monedas a sus siervos⁵⁹. Pues toleraba el fraude alguna vez y aceptaba la rapiña de sus bienes, como dice el apóstol⁶⁰.

XXVI. Pero comprobemos esto con un ejemplo: un ladrón una vez entró por la noche a su tienda; como un cirio ardía de costumbre junto a su lecho, el señor vigilaba atentamente. En efecto solía estar en su cama dedicado al cuidado de la oración en el amor de Cristo y en su dulzura. Pero en verdad aquel ladrón examinaba cada cosa con mirada curiosa, exploraba para ver si había algo que valiera la pena llevarse. Vio un almohadón que tenía una funda de seda. Extendió la mano y lo atrajo hacia sí. Entonces el señor dijo: “¿Quién eres tu?” El ladrón se apartó y hesitaba como estúpido. Entonces aquel dijo: “Haz lo que estás haciendo y vete cautamente para que nadie te sienta”. Así persuadió al ladrón, de modo que partió con su robo libremente. ¿Qué otro que Gerardo haría esto? Ciertamente opino que esto es digno de más admiración que si hubiera hecho endurecer al ladrón en la dureza de una piedra⁶¹.

XXVII. Se expondrá asimismo con el presente ejemplo cuánto se preocupaba de lo que manda el apóstol: no engañes a tu hermano en el negocio⁶². Cuando una vez había ido ante el Papa, de vuelta de la ciudad de Roma había acampado no lejos. Los venecianos y otros muchos conocidos allí, se dirigieron directamente hacia él. En verdad ya era bastante conocido por aquel camino y famoso ante todos a causa de su largueza y religiosidad. Por eso los negociantes daban vueltas entre las carpas, como es costumbre entre ellos, y averiguaban si alguno quería comprar algo. Unos más honestos llegaron a la tienda <de Gerardo> y preguntaron a sus

⁵⁹ Cf. *Ef* 6,9.

⁶⁰ Cf. *Hb* 10,34.

⁶¹ ... *quam si furem rigescere in saxi duritiam fecisset*. Fragmento de difícil traducción, se puede referir sólo a matarlo y a la dureza de la muerte o a convertirlo en piedra milagrosamente.

⁶² Cf. *1 Ts* 4,6.

sirvientes si el señor conde (así por cierto lo llamaban todos) ordenaba que fueran comprados mantos o especies. Entonces él mismo, llamándolos les dijo: “Ya que les agrada, yo ya peleé el precio en Roma; para que digan abiertamente que soy un buen negociante”. Entonces ordenó que fueran llevados en público los mantos comprados. Uno de estos era preciosísimo. Como había un veneciano observándolo, preguntó cuánto había pagado por él. Cuando conociera el precio dijo: “En verdad, si estuviéramos en Constantinopla, también allí valdría más”. Escuchando esto el señor lo separó, horrorizándose como si fuera una gran maldad. Como allí encontrara a ciertos notables bizantinos⁶³, les confió más sólidos que lo que el veneciano había dicho que el manto valía en verdad, dando orden de que buscaran al vendedor del manto. En verdad, como suelen los hombres ser heridos con toda clase de pecados y meditar acerca de la corrección de estos, por cierto no consideres raro que Gerardo se duela de haber caído en esta clase de pecado. Pero él había notado que Dios es ofendido por todo pecado y no quería ofenderlo ni en lo más mínimo, ya que lo amaba con todo el corazón.

XXVIII. Mas en verdad no olvidó que la justicia de los cristianos debe superar a la de los fariseos; cuando correctísimamente de todos sus frutos daba una décima parte, también ordenaba apartar una undécima por su cuenta, que se gastaba en las diversas necesidades de los pobres. De allí cuando la necesidad lo exigía, compraba vestimentas para los pobres que llevaban en diversos momentos. Además llevaba consigo siempre monedas, que daba en secreto a los que se encontraba en el camino, o bien por sí mismo o a través de alguien que estaba al tanto de esto. Aunque los campesinos abundaran en campos y viñas, nunca se ha escuchado que se apropiara de algo de un campesino; sino que él mismo nunca adquirió un predio, sino un solo campito, que estaba ubicado en medio de uno de su posesión: cuando suelen enfurecerse algunos ricos grandemente por esto, se olvidan la terrible amenaza del profeta, en la que dice: “Hay de quien acumula casa sobre casa y juntan campo sobre campo”⁶⁴. De acuerdo al precepto evangélico, Gerardo estaba contento con sus ingresos⁶⁵. Y así como a nadie arruinaba, ni inventaba calumnias, así el Señor ordenador de las cosas preservaba seguras de impíos y usurpadores aquellas cosas que eran suyas por

⁶³ *Romeos* en el original. Muy probablemente transliteración del griego *Romaioi*, nombre que se daban a sí mismos los bizantinos, entiendo que el contexto confirma esta traducción en los distintos lugares del texto en los que aparece.

⁶⁴ *Is* 5,8.

⁶⁵ Cf. *Is* 3,14.

derecho. Pues en efecto tenía tantos predios en diversas provincias bajo su autoridad, que por estos verdaderamente se diría que era rico en tierras. Sin embargo la multitud de las posesiones no lo honraba, pues como dice el salmista, nada quería sobre la tierra antes que al Señor. Seguramente él añadía todas estas cosas, puesto que él mismo buscaba el reino de Dios, que es lo primero⁶⁶. Tanto había crecido con la largueza de Dios y tanto había sido protegido y tan inmune había permanecido, que le cuadra aquello de Job: “Tú lo protegiste y su posesión creció en la tierra”⁶⁷.

XXIX. Para que sea evidente de qué modo se había acostumbrado a vencer al mal con el bien, de acuerdo con el precepto apostólico⁶⁸, recordemos el siguiente hecho como ejemplo: cuando fue al puerto de Piacenza, cierto clérigo, que estaba desde antes en el puerto, se acercó. Pues, así como allí es costumbre, esperaba un cargamento excesivamente lucrativo de los bizantinos. Él, enojado no sé por qué causa, tanto lanzaba palabras de indignación contra el obispo de la provincia rotenense, como también provocaba a otros nobles varones con injuriosos reproches. El varón del señor se encontraba de espaldas, temiendo mover a la discordia, refrenó a sus compañeros de viaje, para que no le contestaran algo duro. En verdad suavizó al clérigo con un blando sermón y le dio algún regalo. Pero él, viendo con qué fácil sermón no sólo al obispo sino también a los demás los contuvo de responder con injurias, preguntó quién era él. Como él respondió que era un aquitano y una persona menor, el clérigo, considerando su rostro tanto como su elocuencia, se conmovió todo ante su gracia, y lo que era debido del cargamento lo devolvió a cada uno de su compañía y llenó las botellas y odres tanto suyos como de los demás con vino. Tenía ciertamente este señor divino este don, de modo que tanto él como su discurso era agradable y no sólo para cualquier persona, sino también para los mismos poderosos. Fue siempre querido y era reverenciable para los reyes.

XXX. En verdad por su mérito era preferido de todos, porque él mismo prefería a cada uno. Contemos claramente de qué modo hizo de cierto fugitivo casi un amigo. Pues en su camino encontró a este fugitivo, que algunos años antes saliera de su municipio. Él era tenido por grande también y rico en tierras por aquellas personas con las que habitaba. Y así los sirvientes del señor Gerardo viéndolo, lo llevaron ante él tembloroso y

⁶⁶ Cf. *Lc* 12,31.

⁶⁷ *Jb* 1,10.

⁶⁸ *Rm* 12,21.

amedrentado. Pero él le preguntó aparte cómo le iba, y como éste le dijera que en aquel lugar lo consideraban no poco honorable, dijo: “yo no te deshonraré”. Y ordenó a los suyos que no se revelara quién había sido en su región. Entonces en verdad vieron sus vecinos que él le hizo regalos, lo honró eminentemente con su discurso y compañía y lo despidió en paz. ¿Quién haría esto mejor que Gerardo? Pero él lo hizo, puesto que había dicho que él no era siervo de la avaricia, sino de la misericordia.

XXXI. También en el camino, cierto hombre de la región biturcense, no lejos de Roma se había roto una pierna, abandonado por los suyos permanecía solo con su mujer. Un tal Bonifacio de los soldados del señor Gerardo lo encontró en su desventura y escuchó su necesidad, lo condujo ante el señor Gerardo y dijo: “He aquí, señor mío, lo que encontré y como me acordé de tu deseo, te lo presento para agradarte: he aquí un hombre indigente al que hay que socorrer”. Entonces el hombre del Señor, alegre, lo recibió bajo su custodia y lo condujo bien cuidado hasta el barrio brivatense⁶⁹. Entonces además lo proveyó con diez sólidos, con lo que tendría recursos hasta volver con los suyos. Estos hechos y otros de esta clase atestiguan la disposición misericordiosa, que abundantemente le inspiraba la divina inspiración.

XXXII. Señalemos en verdad que es necesario que la mies de trigo crezca con cizaña y entre tanto la paja más fuerte oprima al grano de alimento⁷⁰ y por esto es correcto que el malvado Caín ejercite al justo Abel en la paciencia. Se enseña también que Gerardo, como Job, fue hermano de los dragones y compañero de los avestruces⁷¹, frecuentemente fue hostigado por algunos de las provincias. La insolencia de los marqueses había sometido a los vasallos reales, puesto que la república se encontraba ya muy turbada. Ya se ha demostrado con muchos ejemplos que, como está escrito, el Omnipotente estaba contra los enemigos de Gerardo. Ellos lo consideraban ciertamente insuperable. El mal, que urdieron en su contra, cayó sobre ellos mismos mucho peor, como está escrito: *Quien cave una trampa a su prójimo, él mismo primero caiga en ella*⁷². Guillermo, duque de los Aquitanos⁷³, hombre bondadoso, y por muchas cosas loable, cuando al

⁶⁹ Actualmente Vialle en el Alto Loire.

⁷⁰ Cf. *Mt* 13,30.

⁷¹ Cf. *Jb* 30,29.

⁷² *Pr* 26,27.

final se convirtió en <un hombre> fuerte, ciertamente no con amenazas, sino con ruegos, quería que Gerardo se apartara del ejército real y se encomendara a él. Mas él, de ningún modo aceptó el usurpado favor del conde. Sin embargo le encomendó a un sobrino suyo de nombre Rainaldo con un ingente número de soldados. Pero Guillermo de ninguna manera estaba indignado con él, en verdad no olvidó que su padre Bernardo lo encomendó a él mismo cuando era adolescente. Guillermo siempre respetó al señor Gerardo por amor, por su dulce compañía y siempre con gran veneración. Como en verdad la cosa era apremiante, vino a hablar con él. Siempre Guillermo se deleitó con la suavidad de este hombre agradable, exigía con la fuerza del ruego que morase con él más tiempo y frecuentemente, para tomar decisiones, lo hacía permanecer con él largo tiempo.

XXXIII. Sucedió una vez que Gerardo debió pasar largo tiempo en una región que le era hostil. Durante ese tiempo gastó todo lo que llevaban sus bestias de carga. Su ejército obligado a depredar, tanto persiguió a los enemigos de Guillermo que despobló toda aquella región. Por esta causa los pobladores, temiendo por sus vidas, como estaban expuestos a estas fuerzas, escapaban, para no ser vendidos como esclavos. Por lo tanto como nada encontraran para vender, ni se les permitió hacer botín, no pocas penurias soportaron en aquella expedición. No toleró tomar algo que perteneciera a quienes sufrían la depredación, no se convirtió él en compañero del pecado de ellos. Pero conservó la fidelidad a su amigo Guillermo, no desertó abatido. Algunos reían por esto, puesto que él mismo se empobreciera con los suyos por el botín que deseaban otros. Ciertamente muchos que tenían una mente más sana, lo beatificaban, gimiendo profundamente porque no fueran capaces de imitarlo. En seguida después de esto se ganó un sobrenombre, de modo que era llamado Gerardo el Bueno por todos en la comunidad.

XXXIV. Fue tan bien considerado por el mismo Guillermo, que quiso darle a su hermana en matrimonio, la primera que deseaba esto era la madre <de la joven>, Ermengarda, quien le tenía predilección con un piadoso afecto. Pero Cristo, hijo de la Virgen, hacía tiempo le había inculcado el amor a la castidad, que él había abrazado desde edad de razón, de modo que ciertamente no pensó separarse de esta a causa de la ventaja de tan excelente unión. En verdad ¡cuánto lo horrorizó la obscenidad de la

⁷³ Guillermo, duque de Aquitania, fue quien hizo donación a san Bernón, primer abad del monasterio, de las tierras y los medios necesarios para la fundación de la abadía de Cluny.

carne! Su sirviente de cámara le llevaba aparte, en un lugar apropiado, vestidos para cambiarse, siempre preparados para esto, y no sólo una toalla sino también un recipiente con agua. Cuando aquel entraba, el sirviente se marchaba, cerrando la puerta: no soportaba en verdad que se lo viera desnudo. Así como cultor de la pureza interna, escapaba a la impureza del cuerpo que sucediera mientras dormía, de modo que la purificara no sólo con baños, sino también con lágrimas. Se consideraba muy tonto esto que él hacía, pero la mente fangosa de esos exhala abiertamente la suciedad de los vicios. Ellos, como se ensucian o natural o voluntariamente, sin embargo no se dignan purificar por sí mismos sus inmundicias. Pero en verdad Gerardo había notado lo que estaba escrito: *Vigila tu corazón con atención*⁷⁴. Y también: *El que descuida lo pequeño, poco a poco cae*⁷⁵. Quisiera que apreciaras atentamente cuánto debe valorarse que, viviendo entre las cosas mundanas y habiendo sido colocado en un lugar alto, conservara la castidad. ¿Qué cosa haría más sublime? Nada mayor ni nada más excelente busques. Pues, así como el beato Martín muestra, nada se compara a la virginidad.

XXXV. De allí el conde Ademar, vehementemente instaba a que lo colocaran <a Gerardo> bajo su autoridad, pero ciertamente no pudo vencerlo con ningún pacto. No aceptó encomendarse ni en verdad a Ademar ni a Guillermo, el duque, que entonces se apropiaba de gran cantidad de cosas. Creo que este varón meditaba acerca de Mardoch, que despreció someterse al soberbio Amán y presentar el honor conferido por Dios a los reyes. En verdad, como mantuvo la paz ligado en amistad con Guillermo, para que no faltara la persecución contra este hombre, que era un Cristo viviente, Satanás instigó al ya mencionado conde Ademar. No pudo en verdad la codicia someter a Gerardo con sus muchas y variadas tentaciones. Una vez ciertamente sucedió que pasara la noche en un prado con pocos soldados, y Ademar descubrió repentinamente a través de un explorador no sólo dónde estaba sino también con cuántos hombres. Juntó una columna de hombres armados y se dirigió al lugar, muy alegre por haber encontrado una ocasión oportuna para atraparlo. Más adelante, en una parte de ese mismo prado, Gerardo estaba recostado, como acostumbraba, dormía junto a todos los suyos. Pero aquel que custodia a Israel <y está> junto el hombre inocente de ningún modo dormía. Sí, ciertamente, como se relata del profeta Jeremías, el Señor lo ocultó en el camino: así Dios lo escondió, de modo que aunque recorrieron todo el prado dando

⁷⁴ *Pr* 4,23.

⁷⁵ *Si* 19,1.

vueltas y otra vuelta por el medio, de ningún modo pudieron verlo. Entonces en verdad Ademar, ante el fracaso de su intento, doliéndose de que su impiedad fuera burlada, se marchó. En verdad el justo, como está escrito, pone su fortaleza alabando al Señor con manos limpias⁷⁶.

XXXVI. Cuando los seguidores del conde Ademar ocuparon un castillo de Gerardo y Gerardo lo supo, condujo consigo unos pocos soldados, que entonces le eran muy fieles, y se apresuró hacia la fortaleza. Ademar, en verdad, con la fuerza de su ejército, se preparaba a apoyar a los usurpadores de la fortaleza. Pero como Gerardo no estaba lejos, porque había corrido a sitiar el castillo, Ademar retuvo a su ejército, diciendo: “Gerardo nos está examinando para saber por dónde puede valerse de la multitud de sus combatientes. Él osó venir a sitiar la fortaleza, por cierto no se habría precipitado en este peligro, si no tuviera además el auxilio de algunos campesinos”. Dijo esto y dirigió a sus ágiles caballeros a averiguar esto. Cayó la noche, entonces los exploradores se apresuraron e indagaron cuidadosamente cuán grande era el campamento de Gerardo. Como suele hacerse en la noche, dirigieron la mirada insegura a las piedras blancas desde lejos, y apreciaron las tiendas de los sitiadores. Sin detenerse volvieron junto a Ademar exangües y atemorizados, y manifestaron que habían visto la ingente multitud del campamento. Por cierto, cuando volvían se encontraron con una matrona a la que contaron esto mismo. Por medio de ella lo supo enseguida el varón de Dios. Y así Ademar con su ejército, movido por la divina voluntad, retornó a sus bases. A la mañana en verdad los invasores del castillo, sabiendo que Ademar en nada podría ayudarlos, pidieron la paz a Gerardo, solicitando que se les permitiera retroceder sin ignominia y esto ciertamente lo permitió en seguida el varón de Dios Gerardo. Pero los soldados de Gerardo, unánimes, se quejaban de que no se los despojara de las armas. Sin embargo la piedad de Gerardo fue fuerte y obligó a permanecer quietos a estos; en verdad permitió el paso de los enemigos que escapaban por un callejón. También en verdad pidió a dos de sus hombres armados que estuvieran presentes allí, para que ninguno de los que salían presumiera haber rapiñado alguna cosa. Así Gerardo triunfó sobre sus enemigos expulsándolos sin sangre. Así Cristo glorioso ennoblecó a su soldado por su conducta en esa adversidad.

XXXVII. Godofredo conde de Tours, cierta vez, habiendo juntado una muchedumbre de soldados, se apuraba para perjudicar a este

⁷⁶ Cf. *Jb* 17,9.

varón de Dios con la guerra o para devastar las cosas que eran de él por derecho. Mas sucedió que con la misma espada con la que se había armado, se hiriera, de modo que de ninguna manera pudo completar el camino tomado. Él, comprendiendo al fin que había sido herido a causa de la injuria contra el varón de Dios, cesó en su maldad, comprendiendo que le convenía aquello que dijo Moisés: *Escapemos Israel, el Señor en verdad lucha por ellos contra nosotros*⁷⁷.

XXXVIII. El hermano del mencionado Ademar construyó furtivamente una fortaleza que amenazaba nada menos que a un monasterio. Mas como ya conociera por las experiencias de otros que Gerardo, cuando luchaba por Dios siempre prevalecía sobre sus enemigos, no osó quedarse allí. Sino que sacando todo lo que pudo transportar, escapó rápido. No mucho después, devolvió sus propiedades a ciertos hombres honestos a los que había castigado con su propio accionar y yendo junto al varón de Dios, pidió perdón por su temeridad. Ya en verdad recibía tanta reverencia de todos los que lo conocían, que el que lo ofendía, casi cometía un sacrilegio y no estaba seguro de encaminarse hacia la felicidad. Cuando los hijos de las tinieblas, no sólo a través de estas cosas que recordamos sino también a través de muchas otras, inquietaron al hijo de la luz, él sin embargo, en lo posible, no olvidaba considerarlos como <si fueran> pobres. Con estos, que lo atacaban, era tan indulgente, que creerías que él quería más perdonar que ellos reconciliarse. La causa de los pobres era más importante para él, su alma los compadecía y más fácilmente hubiera podido olvidar su propia causa que la de ellos. Como ciertamente un expertísimo médico, que yace gravemente herido, se aplica a curar las heridas de otros: así él mismo también era atacado, sin embargo no abandonaba su preocupación por el débil.

XXXIX. Así verdaderamente era insuperable para sus enemigos, de modo que el mal recaía sobre ellos, pues ellos lo habían construido. Eso que se afirmó más arriba se demuestra con el presente ejemplo: el hermano del conde Ademar, Adalelmo, que cometiera antes una injuria contra el señor Gerardo, cuando invadiera el castillo de Aurillac, aunque él mismo le había perdonado esa injuria gustosamente, sin embargo su malicia todavía se enfurecía y era instigada con tenacidad a maltratar al santo varón. Y así habiendo juntado una tropa de sus seguidores, intentó irrumpir en el castillo cuando el señor Gerardo estaba en medio de las solemnidades de la misa, pero ciertamente aquellos que estaban afuera, lo vieron de lejos marchando a la cabeza y cerraron la puerta rápidamente.

⁷⁷ Ex 14,25.

Hubo alboroto en el castillo: los soldados, que estaban con su señor en misa, querían lanzarse fuera; él los refrenó con palabras y hasta que se completara la obra de Dios, de ningún modo les permitió salir. Mientras tanto en verdad los seguidores de Adalelmo, dando vueltas por la zona del castillo, encontraron siete caballos, que robaron y en seguida, viendo que en vano habían invadido, comenzaron a retirarse a causa de la vergüenza de su acto. Mas sucedió que el varón del Señor, habiendo contenido a sus soldados, empujado por el salterio, que llevaba consigo, ascendió sobre la puerta <del castillo> y cantó no se cuál de los salmos al Señor. El tirano, que hiciera entristecer el corazón del justo, de ningún modo pudo irse alegre. Yo mismo consideraría que estas cosas son maravillosas y casi increíbles, si no <me> hubieran sido referidas por un testigo muy confiable. Aproximadamente sesenta de los caballos de sus enemigos murieron en un breve espacio de tiempo. Adalelmo, luego del día decimocuarto, tan terriblemente murió, que donde yacía, un violento torbellino descubrió <su cadáver>. Atestigua esto Adalberto, ciertamente el monje que suele predicar la palabra de Dios al pueblo en Limoges y que custodiaba el tesoro de san Marcial de Torena, que hace tiempo fuera llevado allí a causa del miedo a los paganos⁷⁸. Mas aquellos ladrones, viendo lo que sucediera, devolvieron al hombre de Dios sus caballos.

XL. Siempre era obligado contra su voluntad a ejercitar a los hombres bajo su autoridad y doblar el cuello de los perversos con su fuerza militar, así ciertamente se relata acerca de un pésimo hombre llamado Arlaldo. Este poseía una pequeña fortaleza, que se dice estaba junto a san Sereno, desde la cual, saliendo como un lobo vespertino, realizaba incursiones contra la familia del señor Gerardo. Como ciertamente él le hablaba como hombre pacífico, que olía a paz, incluso le tributaba algo mínimo para mantener tranquilas sus armas de guerra y sus costumbres salvajes a través de beneficios. Pero el hombre era estulto y bruto, y atribuyendo esto no a la piedad sino a la cobardía, más audazmente caía sobre dicha familia. Por lo tanto finalmente Gerardo, considerando que la locura de <ese> hombre estulto no podría ser frenada sin castigo, habiendo reunido la multitud de sus soldados, se dirigió hacia el castillo. Y con increíble victoria sin ninguna matanza arrastró fuera de su cubículo a aquella bestia, y cuando estuvo lleno de confusión ante Gerardo, <este> le dijo sin ofensa, sino razonando, cuanto fuera menester. Cuando el hombre terrible respondió con palabras humildes y de disculpa, el varón del Señor dijo: “Mira, experimentaste que no puedes sostenerte con tus hombres frente a

⁷⁸ Muy probablemente los vikingos o los sarracenos.

mí: guárdate entonces de enfurecerte, guárdate de ejercer en adelante tu maldad, para que esta no recaiga más gravemente sobre tu cabeza. Y ahora te despido para no tenerte bajo mi dependencia y no preocuparme por tomar de ti otro juramento. Pero no <te> permito sacar ninguna de tus cosas, para compensar la depredación que solías realizar”. Así despidió al hombre castigado y evitó de allí en más que presumiese de dañar a la familia de Gerardo.

XLI. Ya, como dijéramos más arriba, sus adversarios se detenían consternados a causa de un miedo divino. Era similar a Job: fue hermano de los dragones y compañero de los avestruces, sin embargo las bestias salvajes eran pacíficas para él. Entonces, como daba a su propiedad la menor de las importancias, sin embargo sus latifundios prosperaron, de modo que podía ir y volver del gran monte Greón, permaneciendo siempre entre sus propios rebaños. Pero no sentía necesidad de encomendar ninguna aldea a un poderoso para su custodia, fuera de una pequeña propiedad que es llamada Taladiciáco. Evidentemente estaba separada, muy lejos de las restantes propiedades, entre pésimos vecinos. Los administradores le enviaron noticias de esto, hasta el punto que él, de mala gana y no queriendo, la encomendara para su custodia a un cierto Bernardo, lo cual él <Gerardo> ciertamente hizo pacientemente con cierta alegría, diciendo: “Bien me toca decir que es bueno confiar en el Señor antes que en el hombre”. Porque es claro, agrada recordarlo y exponerlo aquí, que cada vez que Dios permitió que sucediera algo para probarlo, él no convertía esto en tristeza sino en humildad. A través de lo cual también se demuestra que este varón vivió en la fe: él reconoció que cada cosa escondía un designio divino y no ignoró que en la tierra nada sucede sin causa, como está escrito.

XLII. Tocamos distintas cuestiones acerca de los actos exteriores y de común conocimiento, a través de las cuales se demuestra en verdad fácilmente, que este varón fue cultor de la justicia, y de acuerdo con el precepto apostólico se comportó sobria, pía y justamente⁷⁹. La forma en que ejerció sin luchar la justicia del Señor, no debe ser considerada increíble, ya que el mismo Señor engrandece su propia misericordia con esto. A causa de lo cual convencimos a los que les parece increíble, de todo lo que se esparce ahora acerca de la fama de este santo varón, para que más cauta y escrupulosamente corrijan su opinión. Pues si parece que el hecho de ser poderoso en el siglo fuera un obstáculo, la virtud de la que podría

⁷⁹ Cf. Tt 2,12.

enorgullecerse y sin embargo moderara su poder humildemente, debe ser considerada como mejor y más digna de alabanza. La potestad por cierto no existe sino por Dios, que, de acuerdo con la Escritura, *no desechó a los poderosos, ya que él mismo es poderoso*⁸⁰. Como estaba cansado de la gloria del siglo, no debe parecer increíble que Dios lo glorificase, ya que él lo había glorificado en la observancia de sus mandamientos. ¿Acaso no fueron poderosos y belicosos el rey David, Ezequías y Josías? En los tiempos actuales también se ha oído acerca de algunos, como el rey de los Anglos, Osvaldo⁸¹, a los cuales Dios glorificó a través de signos, puesto que en verdad estuvieron atentos a glorificarlo con la observancia de sus mandamientos. Además durante su vida la dignidad divina realizó muchas cosas, que fueron provechosas para el desarrollo de la religión maltratada y olvidada. De allí dice el apóstol que Dios a ningún tiempo deja sin su testimonio⁸², lo que también hizo alguna vez por los ingratos, como ciertamente en tiempos de Moisés muchos signos fueron realizados para aquellos de los cuales se escribió que Dios no estaba satisfecho. Incluso aseguran veraces e idóneos testigos algunas cosas difícilmente creíbles, como <relata> el beato Jerónimo acerca de cierto hombre violento y ladrón, que luego de su conversión a Cristo, hizo que el sol permaneciera para completar su camino durante el día, y también apareció corporalmente entre sus discípulos cuando la puerta estaba cerrada. Por lo tanto si Dios en tiempos de los padres hizo maravillas, no debe ser considerado increíble que también en nuestros tiempos, para resucitar el entusiasmo por la religión maltratada, se digne realizar signos a través de un hombre, que al igual que en los días de Noé, fue hallado justo. El mismo <Dios> debe ser glorificado, porque no dejó a ningún tiempo sin el testimonio de su bondad; acordándose de su promesa, no dejó de beneficiar a su pueblo. Mas acerca de las cosas que este varón llevó a cabo cultivando el servicio divino, está unido al resto de sus hechos. Pero nos reservamos estas, puesto que deben ser dichas en otro librito. Terminemos aquí este en nombre de Dios.

Prefacio al libro segundo

⁸⁰ *Jb* 36,5.

⁸¹ Osvaldo, rey de Nortumbria (633-641). Restauró el cristianismo en Bernicia y Deira luego de la apostasía de sus dos reyes. Realizó esta tarea con ayuda de monjes escoceses de Iona que establecieron el monasterio de Lindisfarne. Esto permitió el firme establecimiento del cristianismo en Nortumbria durante los siguientes veinte años.

⁸² Cf. *Hb* 14,16.

Para aquellos que discuten imprudentemente acerca de los méritos del Señor Gerardo, puede satisfacerlos la consideración e inspección de la calidad de su vida. Pues casi como si ejercieran en algún tribunal, deciden si uno debe ser o no santo; con esto substituyen el juicio divino, de modo que también a través de los réprobos se hacen frecuentemente signos para la utilidad de los buenos. Por lo tanto, satisfaga a estos el testimonio de los milagros, que Cristo se dignara realizar a través de él mientras viviera o bien después de su muerte. Incluso a esos que se glorían, diciendo que Gerardo fue poderoso y pudo ser santo, los persuadimos a que no se feliciten a sí mismos por esto, porque si no fueran pobres de espíritu y, como él, no sazonaran su poder con la religión, no podría su morada ser pequeña. Comparados con él vuelven a ser derrotados, ciertamente hubieran podido vivir como él, mas no quisieron; en verdad los glotones y bebedores, para hablar de ciertos profesos de religión, que buscando excusas para sus pecados, suelen declarar en medio de sus festines que Gerardo se alimentaba de carne y pudo ser santo, éste vuelve a vencer en forma manifiesta por su estado de vida. Pues muchas cosas están permitidas al hombre laico, que no lo están al monje. Adán fue condenado, no porque hubiera un mal árbol en el Paraíso, sino porque tomó lo que estaba prohibido. Gerardo hacía uso en verdad de las cosas lícitamente concedidas a su estado, puesto que se abstenía de las ilícitas y se alimentaba como los pobres. Sabía por cierto que el vino fue creado para la sobriedad. Puesto que Elías comió carne y fue digno de ser llevado al Paraíso. Sin embargo por causa de la concupiscencia, que empuja a algunos, Esaú perdió su primogenitura por un plato de lentejas. Así pues Gerardo es distinto a estos. Mas en verdad los que deliran diciendo que no es ni mártir ni confesor, saben que se puede decir de él otra cosa: no solo él sino también todo el que lleva la cruz resistiendo a los vicios glorifica a Dios llevando a cabo buenas obras. Dios por cierto se manifiesta en los hechos, como testimonia Juan: en esto sabemos que lo reconocemos, si observamos sus mandamientos⁸³; pero también se lo niega con los hechos, así como el apóstol dice de aquellos: *manifiestan conocer a Dios, mas en los hechos lo niegan*⁸⁴. Entonces cuando el confesor es llamado para confesar, Dios es negado o confesado por los hechos: Se puede decir que Gerardo es tan recto confesor cuanto confesó a Dios a través de hechos muy justos. Los judaizantes que buscan signos, qué harían con Juan el Bautista, si luego de su nacimiento no se lee que mostrara ningún signo.

⁸³Cf. 1 Jn 2,3.

⁸⁴ Tt 1,16.

Pero es lógico que no falten los milagros de todo tipo en Gerardo. Solo diremos que aunque no puso su esperanza en riquezas y tesoros, como está escrito: *hizo maravillas en su propia vida*⁸⁵.

Libro segundo

I. El atleta de la milicia celeste, agonizante en la palestra de las cosas mundanas, vence virilmente a los ejércitos de los vicios. Entonces en verdad la palabra de vida estaba en medio de una nación perversa, refulgía como una lámpara y como correspondía que en lo oscuro de la tempestad fuera probada, el maligno enemigo, con cuantos engaños pudiera, intentaba sofocar esta luz tanto por sí mismo como a través de sus seguidores. Pero sin duda así como una flama agitada por soplos suele crecer con más fuerza, así el fueguito del divino amor, que en el pecho de Gerardo desde niño se encendió, no conseguía ser extinguido por ningún chaparrón. ¿Acaso no crecía él mismo más fuerte en las virtudes cotidianamente? Ya en su edad madura, había sometido poco a poco a todos los vicios. Ya en su corazón preparaba su ascenso, ya se alzaba sobre las alturas de la tierra al lado de aquel profeta. Percibirías brillar la aurora de su santidad en el día festivo, distinguirías crecer un lirio entre las espinas; cuando más cercano a la madurez se encontraba, se engrandecía cada vez más en él las flores abiertas de las virtudes. Por lo tanto, como se encontraba en la cumbre de las cosas, en aquella beatitud superior había abandonado la pasión de la mente y como por deseo celeste lo iluminaba una luz interior, fue posible que distinguiera las tinieblas de la concupiscencia mundana. ¿Acaso no llamaré tinieblas a la concupiscencia mundana, a través de la cual los amantes del mundo son cegados, puesto que desean la vanidad? Pero Gerardo había aprendido a separar lo precioso de lo vil, y en gran manera llevaba lo indigno a lamer la tierra, puesto que se sabía llamado a la cena del Cordero celestial. Se dolía de aquellos, que por amistad con el mundo, se constituyeron en enemigos de Dios y luego de haber gustado cuán dulce es el Señor, desdénaban probar las aguas ocultas, que son las más dulces. Lamentaba más bien, como el beato Job, a los que con gritos corren a roer la raíz del enebro, o sea, la pasión plena con sus estímulos⁸⁶. Y así había despreciado el poder terrenal, que tenía en abundancia a su disposición, pisoteándolo en su pensamiento. Pero sin embargo, como es propio del astuto, meditaba de qué modo dispondría sus posesiones tempora-

⁸⁵ *Sl* 31,9.

⁸⁶ Cf. *Jb* 30,4.

les para volver útil cada cosa, para que le brindaran la eternidad.

II. Entonces, incitado por esta reflexión, convocó a Gausberto, obispo venerable y digno de alabanza, junto a ciertos varones honestos y le habló familiarmente, porque este señor Gausberto era muy querido para el varón del Señor y por común santidad se prestaban compañía mutuamente. Y así le explicó que la vida presente le era una carga y deseaba tomar el hábito de la religión; quiso que Roma tuviera provecho y pensaba delegar sus tierras por testamento al beato Pedro, príncipe de los apóstoles. Cuando un día se trató acerca de esa cuestión, Gausberto, el varón del Señor, examinando la cuestión con una opinión diferente, finalmente lo convenció de permanecer en hábito secular para que mirara por la salud común de los habitantes de la provincia, y si en verdad insistiera en la cuestión, que se dirigiera al beato Pedro. Él estaba determinado en su decisión, pero no quiso que se lo viera actuar desobedientemente. Finalmente, recordando el dicho del apóstol, que entiendo que lo manifestó a un Judío, *el verdadero Judío lo es interiormente, y la verdadera circuncisión es la del corazón, la que se hace según el espíritu*⁸⁷, fue tonsurado de modo que no fuera visible para los hombres, mas para el que lo miraba desde arriba era visible. Ciertamente se mutiló la barba con una navaja; llevándola a su cabeza, también cortó parte de sus pelos al modo de una corona. Mas para ocultar esto en lo más íntimo, obligó por juramento a algunos de sus más cercanos, que lo sabían, a que por ninguna razón lo dieran a conocer mientras él viviera. Más tarde se verá que por este hecho suyo, él cosecharía el ciento por uno. En efecto, ardiente en amor divino, mostró su conversión a Dios; pero lleno de amor por el prójimo, para beneficio de estos decidió, mal de su grado, permanecer en ese hábito que no deseaba. ¿Qué género de conversión sería más agradable a Dios, que este con el cual ni abandonaba el auxilio de su comunidad ni disminuía en nada la perfección de su conversión? ¿Qué costumbre en verdad hay más preciosa que la que es útil para muchos y sólo conocida por Dios? Éste, como está escrito, guió su pensamiento, de modo que por más que hiciera a Lía soportar el matrimonio, sin embargo no privaría a Raquel de los abrazos deseados.

III. Para ocultar completamente su tonsura fácilmente encontró una excusa. Sin duda la barba pesada había perdido su fuerza, porque los cabellos se le habían caído del cuello; ocultaba en la parte más alta la corona, que cubría completamente llevando constantemente un sombrero.

Usaba también ropas de piel sobre las de lino, puesto que este tipo de indumentaria suelen ser usadas tanto por clérigos como por laicos. Nunca tenía dos prendas de piel al mismo tiempo, sino que cuando era necesario encargar una nueva, prefería directamente regalar la usada. Cuando montaba, su espada era llevada por cualquiera delante de él, de este modo su mano nunca la tocaba. Verdaderamente mucho antes había ordenado fabricar una cruz de oro antes que el tahalí o el cinturón. Incluso nunca acostumbraba montar sobre un caballo engalanado. Con estas cosas parecía bastante poco importante, desdeñaba el cúmulo de su poder.

IV. Luego se abandonó en todas las cosas al culto divino, de modo que también consagrara sus bienes al Señor: aprovechó a Roma y delegó el insigne predio de Aurillac al beato Pedro, príncipe de los apóstoles, haciendo solemnemente su testamento, de modo que pudiera bastar para todo gasto a los monjes, que él había ordenado congregarse allí mismo. Puesto que su pensamiento ardía por establecer allí un cenobio, en el cual los cenobitas llevaran una vida común con un abad de su orden⁸⁸. También entregó una contribución, que anualmente debía pagarse a la caja del beato Pedro y así, lo que concibiera con ferviente ánimo, lo realizó con benevolencia divina y cumplió lo que había decidido. Mas volviendo a pensarlo, ordenó llamar picapedreros y albañiles de todas partes y dio instrucciones para hacer los cimientos de la construcción de una iglesia en honor del beato Pedro. Pero Satanás, envidioso de todo bien, no sé con qué arte, engañó la previsión de los maestros de obras, y así ubicaron los cimientos en lugar poco firme. Cuando ya se había gastado una gran suma de dinero y se habían extendido los muros a lo alto, la construcción súbitamente cayó. Sin embargo este varón no se entristeció a causa de esto, pues, como está escrito, no entristece al justo aquello que le sucede⁸⁹. En verdad aceptó con confianza retardar aquella obra, sin embargo no desapareció el interés por ella, viendo que el juicio de Dios permitió que aquel daño ocurriera. Es casi siempre normal que, para que algo se muestre más agradable a Dios, tenga que ser llevado a cabo con dificultad. Ciertamente en la naturaleza de las cosas, aquello que crece más rápidamente, más rápidamente tiende al defecto: lo que en verdad es más difícil, permanece más tiempo.

⁸⁸ La aclaración de que el abad fuera de “su orden”, es decir salido de los monjes, no es superflua a principios del siglo X, cuando numerosos monasterios y abadías estaban en manos de abades laicos que usufructuaban los derechos de los mismos en cuanto señores feudales. Esta situación será tenazmente combatida por la Reforma Cluniacense.

⁸⁹ Cf. *Pr* 12,21.

V. Había llegado el tiempo de cuaresma, cuando ya un aire más clemente sonreía para la construcción del edificio. Gerardo, una mañana, habiendo realizado las oraciones acostumbradas, salió de la fortaleza que se eleva en ese lugar. Había avanzado ya un poco y comenzó a considerar, mirando a un lado y al otro, cuál podría ser mejor lugar para construir el edificio de la iglesia. Al fin eligió un lugar ya previsto por disposición divina. Entonces ordenó a los constructores presentarse de nuevo, reanimar el proyecto, reiniciar la obra interrumpida, insistir sagazmente con la obra comenzada, construir la iglesia con apropiada grandeza y con el uso de arcos, como su padre construyera hacía tiempo en honor de san Clemente. Pues, como dijéramos antes, su mismo padre fue un hombre religioso, puesto que descendía de una prosapia religiosa.

VI. En tanto que se continuaba el edificio, siempre meditaba cómo podría encontrar monjes que tuvieran buenas costumbres y pudieran habitar el lugar con el propósito de llevar una vida regular. Pero como descubrió la rareza de estos, se le planteó esta dificultad, estaba ansioso y no sabía qué hacer. Entonces en verdad envió unos jóvenes nobles al monasterio de Vabres, pues allí ardía el fervor de la observancia regular, para que los muchachos se embebieran de la norma regular con aquella compañía fraterna, de los cuales sobrevive uno hasta hoy, que narra y escribe con su propia mano las cosas que describimos acerca de este beato Gerardo. Más tarde, cuando se ordenó a estos jóvenes volver, porque sus maestros habían muerto, en seguida la molicie juvenil los ablandó, abandonaron el rigor de la disciplina y así sucedió que la cosa no se realizara. Sin embargo era necesario que uno de ellos se pusiera al frente de los restantes, pero como viviera disolutamente, el varón del Señor era vehementemente afligido, puesto que no podía corregirlo, ni conseguir otro, al cual pudiera entregar el lugar. Por lo tanto cuando viera que este o sus cómplices caían en una forma corrupta de vida, decía suspirando profundamente aquello de David: “Oh Señor, disipa al grupo de Ajitófel”⁹⁰.

VII. En verdad, siempre estallando en un grito de queja por los hombres que veía proclives al mal, se quejaba disgustado, casi en un lamento, a causa de estos hombres que perecieran por amor al mundo, puesto que falta la piedad, puesto que la iniquidad abunda, porque ya casi la totalidad de los hombres del universo⁹¹ alejan la inocencia de su cora-

zón y la verdad de la boca. Mas no quería mezclarse en las disputas de ellos, sino que oraba para que Dios omnipotente los pacificara, dio instrucciones de que se celebraran las solemnidades de las misas, repitiendo más frecuente que Ezequías: *Oh Señor, hágase tanto la paz como la verdad en mis días*⁹²; y aquello otro: *¡Sálvanos, Señor, que se acaban los buenos, que desaparece la lealtad entre los hombres!*⁹³.

VIII. Esperaba que se pudiera aliviar el sano deseo con el que miraba las cosas terrenas ardiendo por las celestiales, si encontraba compañeros de su deseo. Así pues, durante el día y la noche su pensamiento ardía y no podía olvidarse del afecto por los monjes; frecuentemente hablaba con los de su casa y con sus familiares de esto. Efectivamente él era movido por esta inclinación, de modo que siempre exclamaba: “¡Oh, si alguien me mostrara dónde encontrar monjes religiosos bajo tal disciplina! ¡Yo daría cada cosa que poseo a ellos y después, mendigando, dejaría esta vida! Efectivamente nada en absoluto me detendría para entrar a esta disciplina. Cuando sus familiares respondieran diciendo: “¿Acaso no se encuentran muchos monjes en estas regiones, que podrías congregarse para hacer un voto?” Pero él, profiriendo esta fuerte expresión, dijo: “Si los monjes son perfectos, se asemejan a los beatos ángeles: si vuelven al deseo de las cosas seculares, son como ángeles apóstatas, que no guardaron su hogar y por su apostasía comparecen ante la justicia. Les declaro en verdad que es incomparablemente mejor un buen laico que un monje que evadió sus obligaciones”. Como ellos preguntaran: “¿Por qué entonces concebiste la idea de otorgar tantos beneficios no sólo a monjes vecinos, sino también a lejanos?” Pero él, mirando con desprecio sus propios actos con la humildad acostumbrada, dijo: “Yo nada hago. Finalmente si, como ustedes dicen, algo hiciera, estoy seguro de que decía la verdad el que prometió remunerar aún un vaso de agua fresca que se hubiera dado a causa de su nombre”. Vieron estos cómo ante los ojos de Dios es verdad que *el que recibe a un justo por ser justo, tendrá la recompensa de un justo*⁹⁴. En estas y otras palabras se manifestó que le molestaba el deleite de la vida presente, que ardía con el deseo de la celeste, que quería dejar atrás todos sus bienes, si no faltaran personas a las que él entregara sus cosas con razón. Es verdadero el proverbio popular que cuenta la voluntad como

⁹¹ Solamente *universi* en el original.

⁹² *Is* 39,8.

⁹³ *Sal* 11,2.

⁹⁴ *Mt* 10,41.

obra⁹⁵. De allí que el que odia a su hermano es llamado homicida⁹⁶. Incluso Juan el Evangelista bebió el cáliz de la pasión, aunque sin embargo permaneció en paz. Por lo tanto si el deseo se cuenta como obra, no se priva Gerardo de la recompensa de la renuncia.

IX. Y así mal de su grado permanecía en el siglo y por más que faltaran compañeros con los que renunciar al siglo, sin embargo era admirable en la forma en la que se ocupaba por completo de la obra del Señor. Con tanto empeño en verdad se aplicaba a escuchar sucesivamente lecturas y oraciones, ya en compañía de otros, ya solo, que era admirable que pudiera ocuparse de tanto estudio o que quisiera cumplir siempre con la totalidad de los *Salmos*. Sobre todo cuando se dedicaba a otras ocupaciones, de vez en cuando, en verdad, no se negaba a ausentarse por causas extremadamente necesarias: pero en ellas ponía muy poca energía, de inmediato volvía rápido a la dulzura de la salmodia. Cuando reverentemente se encontraba en la iglesia, es difícil de relatar, pero se creería que contemplaba algo divino e incluso parecía profético su rostro inspirado. “Vive el Señor bajo cuya mirada me encuentro”⁹⁷. Pongamos un ejemplo de esto: había llegado el día de la festividad de la Ascensión del Señor, cuando él se dirigió al monasterio de Solignac⁹⁸ para celebrarlo, puesto que es obligación solemne. No toleraba en verdad que el oficio de tan gran festividad no fuera observado festivamente. Cuando se enteraron los monjes de allí que los visitaba un personaje tan importante, prepararon para él un asiento y reclinatorio cubierto de ornamentos. Cuando él se acercó a éste, luego de haber visitado los oratorios⁹⁹, los hermanos comenzaron a celebrar el oficio como es de costumbre, desarrollándolo en su extensión. El señor, en verdad, hasta que terminó, permaneció suspenso en contemplación, de modo que no se sentó ni se reclinó ni un poco, demostrando con esa inmovilidad del cuerpo la devoción y constancia de su mente. Pero nosotros, que rezamos ante el rostro de Dios escondido,

⁹⁵ Hieronymus, *Epistulae*, en I. HILBERG (ed.), *Corpus Scriptorum Ecclesiasticorum Latinorum*, Ep. 82, vol. 55, par. 10, p. 116, línea 21: ... *sicut illi inputatur voluntas pro opere...*

⁹⁶ Cf. 1 *Jn* 3,15.

⁹⁷ 1 *R* 17,1

⁹⁸ Monasterio fundado en la región del Lemosin por san Eligio –o Eloy (588-660)– en tiempos del rey Dagoberto I (600-638), rey de los francos. Seguramente destruido por paganos hostiles que incursionaban por Aquitania, fue después reconstruido por Ludovico Pío (778-840), hijo de Carlomagno.

⁹⁹ *Gyrata* en griego, en el original.

proferimos alabanzas con voz pomposa más que con corazón simple, y como la inteligencia de la mente debe ir acorde con la voz, hacemos correr nuestra voz acorde a la ligereza de nuestra mente. Gerardo, recordando aquel dicho apostólico: *Dios ya nos conoce plenamente*¹⁰⁰, así se conducía, como si estuviera en presencia de un juez que ve todas las cosas.

X. Así como el favor divino lo glorificara ante los hombres, él glorificaba a Dios en el cumplimiento de sus mandatos ante los díscolos. Corresponde que ya llegando el tiempo del Anticristo deban cesar los milagros de los santos, sin embargo recordemos su promesa: “A los que me glorifican, yo los glorificaré”¹⁰¹; se dignó glorificar a su servidor a través del don de la curación. La forma en la que curaba era tal, que aunque por humildad evitaba imponer la mano a los enfermos, sin embargo frecuentemente los curaba no sólo estando lejos sino también no queriéndolo. Naturalmente los enfermos solían robar el agua con la que él acostumbraba lavarse las manos, y muchos eran sanados. Para que sea más creíble, recordemos a algunas de estas personas. Cierta campesina cerca del monasterio de Solignac tenía un hijo ciego y muy largo tiempo se lamentó porque lo oprimiera la ceguera y la pobreza por igual. Se le aconsejó en una visión buscar al señor Gerardo y utilizar el agua con la que él había lavado sus manos. El hombre creyó en la visión y explicó lo que había soñado. Habiéndolo escuchado, el señor, consternado, se estremeció y no queriendo presumir con esto, dijo que solo había sido una ilusión, que no sólo había engañado al campesino sino que también quería engañarlo a él para tentarlo con cosas prohibidas: el solicitante se engañaba vanamente con su esperanza. Gimió el padre, al que abrumaba la ceguera de su hijo, y comprendiendo que el varón de Dios, a causa de la humildad, de ningún modo cedería, simulando irse, consiguió agua de uno de los servidores. Cuando volvió a su casa lavó los ojos muertos de su hijo, invocando el nombre de Cristo y recibió la luz. A continuación referiremos otro hecho.

XI. Vivía en Aurillac cierto niño cojo, que fue encomendado a un artesano para que aprendiera su oficio, con el cual podría sustentarse. Como fue advertido de que tratara también de obtener agua, el artesano que debía conseguirla, sabiendo que en esta cuestión el varón del Señor era extremadamente severo, no osó pedir el agua abiertamente, sino que la obtuvo a través de los sirvientes. Ciertamente esparció esta agua sobre los inútiles miembros, luego la divina virtud los restableció en su funcio-

¹⁰⁰ 2 Co 5,11.

¹⁰¹ 1 S 2,30.

namiento. La fama de este hecho naturalmente se expandió, al punto de llegar a oídos del señor. Pero él, desconcertado por la noticia, decía que no había sido por su mérito, sino por la fe de aquellos que dieron esa agua al artesano, hecho que le fue ocultado; y como no pudiera encontrar al que la entregara, amenazó con gran autoridad, para que ninguno presumiera en adelante de hacer tal cosa, afirmando que si algún siervo lo hiciera, se le cortarían los miembros; si un hombre libre, no sería más de los suyos. Efectivamente nada temía más que las alabanzas y tan benéfico era con sus enemigos como severo con quienes lo alababan.

XII. En Postomio, un alodio suyo por derecho, cierta mujer ciega recibió la luz por el agua de sus manos. Lo que fue conocido de todos, pero era ocultado a él con mucho cuidado, sobre todo por uno de los siervos que diera el agua a la mujer. Los suyos no podían despreciar el cruel castigo que recientemente fuera establecido como amenaza para esta cuestión, sabiendo que no dejaría pasar impunemente al que dio el agua, si lo atrapara.

XIII. Pero en la capilla que está junto a la villa que es llamada Crucícula, habitaba la que había recuperado la vista gracias al agua de las manos, junto a otra mujer, de la cual era esclava. Cuando él supo quién le había dado el agua, llamado Raboldo, urgentemente lo buscó y lo encontró, pero se echó atrás. En verdad sucedió que luego de algún tiempo cierto noble hombre, llamado Ebbo, encontró al señor, que estaba pensando, y le dijo que había obrado muy contra la voluntad de Dios, ya que bajo pretexto de indiscreta humildad, había negado una gracia concedida por el cielo. Y a aquellos, a los que podría haber sido de utilidad, los dejó en la angustia: era preferible que esa gracia, que le fuera dada para el bien de otros, la consagrara a aquellos suplicantes, cuya necesidad exige que se los proteja. Como no estaba deseoso de alabanzas, no debía temer que fuera orgulloso, ni ciertamente presumido, puesto que los que reclaman el poder, deben acordarse de las advertencias divinas: sobre todo, como ya ha demostrado la experiencia, la salvación que él, Gerardo, buscara para sí mismo, ya tenía otras consecuencias, aunque él mismo no lo supiera. Proseguía él así con su razonamiento. Gerardo, en verdad, lloraba suspirando y diciendo que temía que pudiera ser un engaño diabólico, que quería sorprenderlo de esta manera; y si algo bueno hubiera hecho alguna vez, privarlo de la recompensa de ese mismo bien. Al fin, vencido por los ruegos o por la razón, recibió al culpable y ordenó dar doce monedas a la mujer.

XIV. Como sabía que sería mejor para su espíritu alternar la oración con la lectura, hacía recitar las palabras divinas ante él mismo, como

dijimos más arriba. De allí tomó la costumbre de que se leyera durante el almuerzo. El lector no debía olvidar esto, incluso si hubiera huéspedes presentes. En verdad, como concesión ordenaba que el lector se detuviera a veces, y a aquellos que estuvieran bien formados, preguntaba el sentido de la lectura. Como ciertamente aquellos, a los que interrogaba, solían pedir que mejor él mismo hablara, al fin respondía juiciosa y sabiamente como un docto; pero de forma de no avergonzar a los clérigos. Mas habiendo algunos vuelto a sus casas luego de la comida, frente a él eran leídas aquellas palabras que trataban acerca de las lecturas recitadas en la iglesia. Aunque en verdad se extendiera en la lección, ninguno pretendía por ninguna causa interrumpirlo, pues como aquel Job, la luz de su rostro no caía a la tierra¹⁰². El recuerdo de sus discursos y conversaciones es admirable, se manifestaba de ánimo alegre en las cosas que decía sobre estos. Pero prefería cosas en forma de reproche, que parecían aguijones, de modo que fueran temidas casi más que las palabras. Cuando daba algo se mostraba muy contrariado. Pero no cobraba lo mismo luego de haberlo dado. Si escuchaba a un sacerdote de mala fama, sin embargo no despreciaba la misa celebrada por éste, porque sabía que aquel sagrado misterio no puede ser deteriorado por un hombre pecador. Cuando opinaba acerca de los hechos de los demás o percibía el mérito de ellos era dulce, sin embargo vilipendiaba sus propias obras. En efecto encomendaba las cosas más queridas al inspector superior, así consideraba las suyas como las más viles.

XV. Como en verdad estaba inundado de un deseo celestial que, yo diría, lo consumía, su boca se llenaba de la abundancia de su corazón, de modo que ya casi siempre en ella resonara la ley del Señor. Pues ciertas palabras sagradas había elegido para sí, que consideraba aptas para los deberes corporales. Por ejemplo decía antes de comenzar a hablar: *Pon, Señor, un guardia en mi boca y un centinela a la puerta de mis labios*¹⁰³ y otras de esta clase que se adecuaban a cada situación, es decir cuando se despertaba, cuando salía del lecho, cuando se ponía las sandalias o la ropa o se ajustaba el cinturón, o si comenzaba un viaje u otra cosa, así como decía el apóstol, se veía que hacía todo en nombre del Señor¹⁰⁴. Siempre que le tocó sentarse con poca gente o solo, no se qué cosa meditaba en silencio e inundado de lágrimas surgía un suspiro de lo profundo de su pecho, todo agitado, de modo que cualquiera pudiera advertir fácilmente que su pensa-

¹⁰² Cf. *Jb* 29,24.

¹⁰³ *Sal* 140,3.

¹⁰⁴ Cf. *Col* 3,17.

miento estaba suspenso de otro lugar y no tenía consuelo en el presente. Tal era su conversación, tal su silencio, que su boca pronunciaba la alabanza del Señor¹⁰⁵ y la meditación de su corazón estaba en su presencia¹⁰⁶.

XVI. Sabían los suyos que deseaba el hábito de la religión con toda su fuerza. Pero como era prudente, considerando que incluso los maestros de tan sublime posición caen desde lo alto más pesadamente, pues son corrompidos por amor del mundo, consideraba mejor permanecer así antes que intentar algo tan arduo sin compañeros probados. Si en verdad consideras su deseo, ejerció por devoción a Cristo una fe monástica. Es también sumamente loable consagrarse al servicio de la religión en hábito secular: así como por lo contrario es ignominioso buscar cosas mundanas vistiendo cualquier ropa religiosa. Por lo tanto, como este hombre no encontrara hermanos, como hemos dicho, con los cuales vivir bien y felizmente, llevaba penosamente esta vida. Como en otro tiempo la paloma de Noé, cuando no encontrara afuera donde descansar, volvía al arca y junto al mismo Noé: así este hombre entre las turbulencias del mundo, recurriendo a lo secreto de su corazón descansaba en el deleite de Cristo. No como aquel cuervo que estaba adherido a la muerte del deleite corpóreo, porque su alma rechazaba ser consolada por la gloria de la vida presente, sino que se deleitaba en el recuerdo de su Dios; y recurriendo a lo secreto de su corazón, como a un arca, lo alababa con su lengua¹⁰⁷. En efecto, no permitía que la iniquidad se asomara a su corazón¹⁰⁸ durante el día, temiendo que el Señor no quisiera escucharlo. Es más, los pecados, sin los cuales la condición humana no puede existir, que nosotros consideramos leves, en verdad él los consideraba muy graves; así siempre intentaba conocer de qué modo experimentar la remisión de la impiedad del corazón realizada por Dios. A causa de esto su rey y señor dirigía su camino misericordiosamente bajo su mirada y benignamente lo guiaba con su voz. Con tanto cuidado procuraba siempre residir cerca de una iglesia, de modo que por muchos años no permaneció fuera del oratorio ninguna noche, excepto una en la fiesta de los Inocentes, a causa de un viaje. En verdad gran número de clérigos siempre lo acompañaba, con los cuales constantemente se ejercitaba en la obra divina. Incluso todo el bagaje eclesiástico para el necesario ministerio era llevado igualmente

¹⁰⁵ Cf. *Sal* 50,17.

¹⁰⁶ Cf. *Sal* 18,15.

¹⁰⁷ Cf. *Sal* 65,17.

¹⁰⁸ Cf. *Sal* 65,18.

junto a él, con el cual era realizada la obra del servicio divino con gran cuidado y reverencia, sobre todo en los días festivos. Durante la noche solía adelantarse a los demás en el oratorio; cuando estaba lleno, solía quedarse después solo y entonces degustaba el sabor de la dulzura interior de ese momento tanto más dulce cuanto más secreto. Cuando feliz y alegre iba a la cama o a los suyos por un tiempo, tal forma daba a su modo de vivir, que un hombre sabio se admiraría con razón de que en él confluyera tanta gracia celeste. También esta forma de moverse la sostenía en su movimiento exterior, de modo que sus servidores conocían de qué forma se comportaba en cada momento del año.

XVII. Tenía la costumbre de ir frecuentemente a Roma. Sucede que viajó allí numerosas veces. Nuestros informantes están seguros de siete ocasiones. En efecto, como es propio de la naturaleza humana, que siempre quiere ver la luz, este hombre, como era espiritual, ambicionaba contemplar espiritualmente a aquellas dos luminarias del mundo, evidentemente Pedro y Pablo. Pero como no quería pensar en sus propias cosas, mientras contemplaba los nichos y templos de estos, las encomendaba al beato Pedro. Se fijó como ley, año por medio, volver al sepulcro de ellos. Llevaba colgados al cuello diez sólidos, como un siervo suplicante lleva el tributo a su señor. Pero en verdad, ¿quién explicaría dignamente cuán devotamente realizaba esto? Tan bondadoso era con los indigentes, que su largueza no pasaba por alto a casi ningún pobre, de los que allí abundaban en gran número. Así también les prestaba oídos con confianza, si acaso escuchara a los pobres clamando. En efecto, daba con largueza muchas cosas a los monasterios cercanos al camino. Así en verdad la fama de tanta bondad resonaba por todas partes. De allí no sólo monjes sino también peregrinos e incluso necesitados y extranjeros bizantinos que en ese tiempo suelen viajar, preguntaban con solicitud si el conde Gerardo vendría o cuándo vendría. Los mismos marrucinos, o sea los habitantes que riegan los Alpes, nada estimaban más ventajoso que atravesar las cumbres del monte Jovino acompañados por Gerardo.

XVIII. Una cierta vez también recorría este camino. Cuando llegó a la ciudad llamada Asta, un ladrón robó dos de sus animales de carga. Mas llegando a un riacho no pudo obligarlos a cruzar, por lo tanto fue atrapado por los hombres de Gerardo. Cuando hubo recuperado a los animales, no lastimó al ladrón.

XIX. Otra vez, cuando recorría otro camino, conducía consigo a cierto monje llamado Ariberto, en verdad hombre de gran abstinencia. Su compañía era agradable, puesto que cada vez que encontraba a alguien de

vida religiosa se deleitaba con esto. Sucedió una vez que había una comida de la cual Ariberto se abstenía, pues se alimentaba de pan. El señor en verdad preguntó si acaso los sirvientes le habían preparado el alimento acostumbrado. Ellos le respondieron que nada más que pan comería. Él se inquietó diciendo: “¿Oh, qué nos toca hoy a nosotros? Tenemos una comida completa y este siervo de Dios estará adelgazando”. Sin embargo ese día no era de abstinencia. Ya había llegado el momento de lavarse las manos y Samuel, que estaba presente y narra este hecho, corrió para traer el agua, cuando vio un pececito abandonado en la orilla, aún palpitante, que miraba el agua de la que había salido. Después de tomarlo corrió alegre a su señor y dijo: “He aquí que Dios le dio a usted este pez; ya que junto al agua lo encontré abandonado”. Pero él dio gracias a Dios y mientras lo cocinaban, entrando a su carpa dobló las rodillas y rezó llorando por un momento. Era para él una costumbre constante no anteponer nada a Cristo; en verdad por cada acontecimiento que le sucedía daba gracias devotamente. Como era elevado por la oración perfecta, permanecía alegre ante todas las cosas. Entonces cuando se sentaron a la mesa, aquel comió un poco para saciarse y como allí había una parte del pez, lo urgía el señor diciendo: “Hermano, ¿te quedarías a comer un poco de pescado, pues no habrá nada más?” Como aquel declaró que ya estaba satisfecho, el señor lo probó a ver si estaba bueno. Cuando notó que el sabor era excelente, comió hasta estar saciado y a cada uno de los presentes dio un bocado con una bendición. Todos dieron gracias a Dios, conociendo un favor divino no solo en el pez sino también en el hecho de que hubiera sobrado, aunque no medía más que medio pie.

XX. Asimismo, continuando hacia Roma, llegó a una ciudad toscana, llamada Lucca. Una mujer se lanzó en su camino diciendo que le habían comunicado en una visión cómo devolverle la vista a su hijo. Cuando él escuchó esto, reprendió a la mujer e incitando al mulo que montaba escapó rápido. Ahora bien, la mujer preguntaba a los que podía qué clase de beneficio podría obtener del hombre de Dios. Uno de los sirvientes dijo a la mujer que con el aguamanos ya se habían producido milagros. Pero en verdad el señor, al que la mujer había hecho su pedido, cada vez que se lavaba las manos, enseguida hacía volcar el agua en la tierra. La mujer en verdad siempre lo seguía, hasta que él ya no se preocupara de derramar el agua. Sin que él lo supiera, la mujer la había obtenido finalmente y lavó los ojos de su hijo ciego y de inmediato recuperó la vista. Por lo tanto cuando el varón del Señor volvió a la ciudad, la mujer le presentó a su hijo que podía ver. Cuando todos alabaron este hecho, él callaba y permanecía llorando. Escuchando esto, nadie se atrevía a comentarlo.

XXI. Diría que lo que sigue es maravilloso e incluso casi increíble,

pero creo a los testigos que declararon que cuando el mismo varón del Señor volvía de Italia por aquel camino que lleva de Torino a Lyon, habían ya atravesado los Alpes e iban por necesidad del viaje por ciertos lugares carentes de agua. Mas sucedió que faltara vino en los odres y aquella región estaba desierta a causa de los sarracenos. Como no había agua y no se podía reemplazar el vino, comenzaron a sufrir mucha sed. Discutían si era posible atravesar más velozmente aquella parte del camino, pero tanto los que iban a pie como los animales desfallecían. Por eso fue necesario para el señor que ordenara a estos detenerse un poco. Los hombres abatidos yacían sobre las hierbas, mientras los animales, vagando en desorden, sedientos, recorrían los pastizales. Entonces uno de los clérigos siguió adelante, para traer a los animales para cargarlos, pues no les agradaba prolongar esta pausa. El clérigo entonces atisbó un pozo lleno de un líquido: se admiró y queriendo averiguar de qué se trataba, se inclinó: mientras tanto aquel líquido exhalaba el sabor del vino. Entonces en verdad lleno de alegría corrió a su señor, y no sé cómo, anunció haber encontrado vino. Pero él dijo: “¿Qué dices loco? ¡Ojalá hubieras encontrado agua! ¿De dónde lo del vino?” El joven clérigo, en verdad, habiendo tomado un vasito sacó un poco del mencionado líquido y se lo presentó: poseía tanto el color como el sabor del vino. Entonces el señor ordenó a los capellanes, que tomaran la cruz y los relicarios y sobre el pozo del mencionado líquido realizaran un exorcismo de agua bendita. Después ordenó en nombre de Cristo que lo probaran para averiguar qué era. Como se dieron cuenta de que era vino, con inmensa admiración y alegría el varón del Señor, junto a todos aquellos, dio gracias a Dios, y antes de beber él mismo le dio a todos los demás; sin embargo no permitió que lo guardaran en botellas. Se ha contado esto confiando en el testimonio de los testigos. Las cosas que se escuchan, que ahora suceden en su sepulcro, las creí; me convencen no sólo estas, sino también aquellas otras.

XXII. El santo varón recorría frecuentemente este camino. No quería visitar ni palacios de reyes ni de marqueses ni ciertamente la compañía de príncipes: sino a los cónsules del cielo, Pedro y Pablo, ciertamente deseaba ardientemente visitarlos con frecuencia, como se ha dicho más arriba. En no menor medida recorría con alegre devoción los restantes lugares de los santos, como el sepulcro del santísimo señor Martín, e incluso el del beato Marcial. Creo que contemplaba en su espíritu cómo aquella multitud de beatos se alegraban en la asamblea del Capitolio de lo alto. Y así junto a aquellos con los que se juntaría poco después, disfrutaba ya algo de la alegría de su Señor.

XXIII. Hay un campo de juncos más allá de Sutria, pero cerca de

la ciudad, que es llamado de san Martín, en la cual los bizantinos suelen establecer campamentos. Cuando allí mismo los sirvientes hubieran preparado las carpas, el señor se encontraba apartado. Alguien se hizo llevar ante él. Le rogó con súplicas nada menos que se dignara otorgarle agua tocada por sus manos. Él le ordenó quedarse allí y callar. Luego, volviendo a su carpa, oró delante de las santas prendas un rato. Cada uno de los sirvientes se dirigía a realizar la tarea que le correspondía. Por lo tanto, mientras estaban ocupados en esas cosas, él (Gerardo) vio que podía hacerlo en secreto. Llamó a uno, para que viniera a él sigilosamente. Entonces se lavó las manos y mojó sus dedos en el agua fresca e incluso la señaló con las santas prendas. El ciego vertió el agua en sus ojos privados de luz, enseguida recuperó la vista. El varón del señor contuvo el grito de aquel, y ambos dieron gracias a la divina majestad; el ciego, vestido con una ropa de Gerardo, fue conducido sigilosamente fuera del campamento.

XXIV. Salió de la ciudad y llegó el sábado a una iglesia junto a un lugar donde se ven cúmulos de azufre. Como la gente quería partir de mañana, él los retuvo diciendo que por reverencia al día del Señor, esperaran hasta nona por lo menos. Aquella demora no careció de beneficio temporal. Habiendo realizado en efecto solemnemente el oficio de la misa, cuando ya luego de comer emprendieron el camino, llegó un caballo de montar, que había sido perdido al escapar y el señor Gerardo ordenó recibirlo sin castigar al jinete. En verdad, antes de llegar a Abrícola, un ciego sentado junto al camino preguntaba a los transeúntes si venía alguien en esa muchedumbre, que se llamara Gerardo. Cuando un canónigo de nuestros hermanos, que caminaba en la compañía de Gerardo, adelantándose a pie, por piedad se acercó fatigado al mencionado ciego. Cuando él le preguntó qué quería del señor Gerardo, respondió que le seguiría la huella. Pero dijo: “¿Cuál es la causa de que lo busques tan insistentemente?” Él dijo: “Hace nueve años que estoy agobiado por la angustia de la ceguera; pero esta noche se me advirtió que viniera aquí y buscara a un peregrino de san Pedro llamado Gerardo y le pidiera que se lavara las manos y rociara con aquella agua mis ojos ciegos”. Habiendo escuchado esto, el clérigo se quedó allí. Mientras tanto llegó Gerardo, el varón del Señor. Era su costumbre cabalgar sólo con la cabeza cubierta, con lo que tenía oportunidad de dedicarse más libremente a la salmodia. Cuando llegó, dijo el clérigo por lo bajo al ciego: “Aquí está”. Pero él rogaba, y poco tiempo se dignó permanecer quieto, y expresó lo que había visto en el sueño. Como por cierto el señor enrojeció, con un cambio de su rostro rechazó lo que había oído y comenzó a alejarse. El ciego, en verdad, profiriendo tremendos juramentos, le rogaba que se quedara, que ayudara al miserable y no negara los beneficios esperados. Incluso aque-

llos que allí se encontraban, de la misma forma le suplicaban. Pero él, meditando un poco, creo que recordó que, de acuerdo con el apóstol, no debía negar la gracia que le había sido concedida¹⁰⁹, y respondió con una frase que acostumbraba: “Venid, santos de Dios”. Se quedó, y como en aquellas colinas suele suceder, corría un arroyo. A continuación fue llevada agua. Entonces él descendió y se lavó las manos diciendo: “Hágase la voluntad de Dios”, y se fue rápidamente. El ciego, en verdad, echó el agua, y no se quedó sin lo que esperaba. Tan repentinamente recibió la vista, que al instante corrió detrás de él, diciendo: “¡Oh, san Gerardo, oh, san Gerardo, gracias a Dios, veo!” Él azuzaba a su mulo con las espuelas, para no escuchar los gritos de alabanza. Atravesó Abrícola y no pudo ser alcanzado por sus compañeros de camino hasta dos días después. Verdaderamente puede observarse que aquellas manos, a través de las cuales era conferida esta virtud sanadora, resplandecían con pulcritud, y en ellas no se adhería ninguna mancha, pero además no recibían ningún regalo. En cambio, infelices son aquellos cuya diestra está llena de regalos. Porque, como está escrito, el fuego devora a quienes reciben regalos gustosamente¹¹⁰.

XXV. Otras cosas se cuentan de su viaje, que nosotros pasamos por alto por su longitud. Pero aquí añadimos una que sobresale. Cuando una vez proseguía hacia Roma, ya había llegado a Italia, cuando escuchó en los aires una voz clamándole e incluso insinuándole su partida. Vio que se trataba de un hombre llamado Girbaldo, al que había dejado en la patria. Así llamó a algunos de los suyos, preguntándoles si sabían algo de Girbaldo, pero ellos respondieron que lo habían dejado enfermo. Ordenó entonces que se señalara la hora, para celebrar por él los Salmos. Cuando hubo vuelto y preguntado por el hombre mencionado, cayó en la cuenta de que había muerto aquel día en el que escuchara la voz en los aires.

XXVI. Habiendo completado el viaje producto de su santa devoción, ya se deleitaba frecuentando lugares ocultos, como si siguiera aquel dicho del salmista: *Escapando me alejé y permanecí en la soledad*¹¹¹. Allí quería descansar de la multitud y del estrépito de las cosas seculares, de modo que estaría libre para servir a Dios. Cuando con esta excusa permanecía en la capilla llamada Catuseria, llegó la festividad de Juan y Pablo. Una mujer rústica ingresó al jardincito, no sé en qué se ocupaba,

¹⁰⁹ Cf. *1 Tm* 4,14.

¹¹⁰ Cf. *Jb* 15,34.

¹¹¹ *Sal* 54,8.

cuando de repente una gran gota de sangre apareció sobre su mano, que comenzó a entumecerse de inmediato. Atemorizada, la mujer corrió llorando al hombre de Dios y mostrando la mano, rogaba por misericordia. Pero él ordenó que hubiera clérigos presentes y que se celebrara misa por ella. Después fue exorcizada con agua y la gota de sangre se limpió con esta agua; sin embargo él mismo se había apartado a causa de su humildad, para que no le atribuyeran ese signo de virtud. Pero de la misma forma que la mano de la mujer fue limpiada, así desapareció la sangre y el tumor y ella partió sana.

XXVII. Como ya dijimos, aquel lugar era muy remoto y secreto; frecuentemente permanecía allí. Entonces, cuando una vez celebrara la Asunción de María, la santa madre de Dios en aquella iglesia, habiéndose completado ya la solemnidad de la misa, salió afuera hacia los suyos. En verdad era propio de él que luego de largas y continuas oraciones, se dedicara a la conversación común. Cuando alguien tenía razón para decir algo, también tenía la posibilidad de hablar. Por lo tanto cuando se dirigió a los suyos, uno, que estaba allí preparando los alimentos, le dijo: “Estamos tristes, señor, por que no podemos encontrar en esta festividad para vuestra comida, sino carnes saladas”. Pero él dijo: “No se preocupen, por que si agradara a la madre de Dios, ni esto habría en su fiesta para nosotros”. Había hablado, cuando de una roca, que estaba al lado de ese lugar se precipitó un ciervo. Los sirvientes alegres y admirados lo trajeron y de inmediato, como la carne de los siervos dura poco, le prepararon al señor un delicado manjar. No debe considerarse increíble que la divina largueza le concediera de improviso alimento, puesto que él por la gloria de Dios, de acuerdo con los apóstoles, comía con los pobres su panecillo. Él nunca, como testimonian sus discípulos presentes, apartaba su oído del clamor del pobre. Él evidentemente es santo, de acuerdo con aquello del Salmista: *Feliz el que oye suspirar desde lo profundo al necesitado y pobre*¹¹², solía responder con palabras de compasión cuando escuchaba las voces de los que clamaban.

XXVIII. Conocéis al conde Raimundo, el hijo de Odón. Este tenía cautivo con dolo a un sobrino del señor Gerardo, llamado Benedicto, vizconde de Tolosa. Pero el señor Gerardo, escuchando esto, se sintió obligado a auxiliar a su sobrino a causa de su propio hermano. Raimundo retrasaba devolverlo, secretamente se apresuró a capturar a Benedicto de nuevo y retenerlo. Ya habían pasado siete meses y Gerardo,

el varón del Señor, nada había podido hacer para liberar a su sobrino. En verdad un día se estaba quejando de esta cuestión con su hermana Avigerna, y dijo: “¿Por qué dejas de pedir a Cristo por tu hijo? Ciertamente nosotros, o dudamos en nuestra fe, o no somos dignos de ser oídos”. Y diciendo estas cosas, se fundía en lágrimas. Ciertamente en aquel tiempo, muy íntimamente se abandonaba en ruegos al Señor. Entonces envió al abad Rodolfo a Raimundo, pero como carecía de poder no logró nada y regresó poco después. La noche siguiente vio Raimundo en un sueño que el varón del Señor, Gerardo, estaba ante su lecho y lo tocaba en la mano diciendo: “¿Por qué tú no oyes, tanto que te ruego? Ciertamente debes saber que si en adelante conservas a tu rehén, nada bueno te espera”. Luego de estas palabras Raimundo despertó y meditando la visión se estremeció: llamó a los suyos y contó lo que había soñado. Incluso uno de estos, que hasta entonces se había opuesto, no sé por qué causa, igualmente aterrorizado lo persuadía para que cumpliera rápido la petición del señor Gerardo: y además le recordaba que habían de morir. Raimundo en seguida lo confió a la hospitalidad del abad Rodolfo y ordenó que lo devolviera. Cuando hubo vuelto contó cómo el varón del Señor lo había aterrorizado en una visión; allí mismo devolvió al rehén y humildemente pidió que Rodolfo lo reconciliara ante la gracia del señor Gerardo. Así Gerardo prevalecía a través del auxilio divino de acuerdo con las Escrituras: humillando a los poderosos de la tierra¹¹³.

XXIX. Asimismo en aquel tiempo, cuando se apresuraba a la entrevista con el conde Raimundo, acercándose a un río que es llamado Avarion, se enteró de que aquel día no habría pescado para la comida. Los que andaban junto al señor, cuando comentaban esto, vieron un pez, llamado cabezudo, nadando hacia ellos. Pero uno, el mismo que cuenta este hecho, sacó un dardo e hirió al pez. Habiendo recibido la herida fue llevado hasta la orilla hacia la que antes se dirigía, intentó retomar su camino, pero se demoró y fue atrapado con la mano por uno. Era en verdad de no pequeño tamaño. Así el varón del Señor, dando gracias a los demás, que alababan esto como un milagro, intentaba refrenarlos como si se tratara de una casualidad. Y alguien puede declarar que esto pueda ser así; sin embargo no creo que se recuerde que se haya visto alguna vez un pez, que en un río ancho, como es el Avarion, se precipitara a la orilla en dirección a hombres.

XXX. Ciertamente se debe considerar con derecho un milagro,

¹¹³ Cf. *Is* 45,2.

que un pez se lance fuera del agua o que un ciervo caiga de improvviso desde una piedra: también que el pez se ofreciera para ser capturado. Pero bastante más admirable es que en otra ocasión, como comida del hombre de Dios, cayera del cielo un pájaro. Poco tiempo después una aldea fue consagrada en honor de san Gregorio por el monasterio de Friaco, para lo cual estaba presente un presbítero de nombre Gerardo, que era muy querido por el varón de Dios, Gerardo, a causa de su santidad. Éste también se recluyó antes del fin de su vida por amor divino. El varón del Señor, Gerardo, se dirigió hacia éste, al que besó con cariño luego de la oración, y dijo: “¿Qué nos darás de comer, hermano Gerardo?”. Mira que venimos a desayunar contigo. Decía esto a causa de la relación familiar que tenía con este sacerdote. Pero él, alegrándose, respondió: “Si agrada a tu piedad, no te irás en ayunas. Pero en verdad no tengo otra cosa que ofrecer más que pan y vino. Pero averiguaré si acaso encuentro queso o huevos”. Entonces el señor dijo: “No te fatigues, ya que es día de abstinencia, y si faltan los manjares, bueno será que comamos poco”. Luego, cuando el presbítero corriera a preparar la comida, entró al comedor y vio un pez en un plato. Entonces estupefacto preguntó a escondidas al sirviente quién había traído aquel pescado. Pero él le dijo que no sabía, asegurando que nadie había estado allí, que hubiera traído el pescado. El presbítero luego, saliendo, suplicó al señor que se dignara entrar al comedor. Lo siguió y le mostró el pescado. Él, atónito y admirado, daba gracias a Dios junto al sacerdote. Sin embargo le sacó el juramento de que no lo revelara mientras él viviera. Pero poco a poco dio a conocer esta cuestión a muchos, puesto que la divina discreción, que glorifica a los santos, también se manifiesta contra el deseo de estos. En verdad el Señor todavía se acuerda de su promesa, y a los que lo buscan no los aparta de todo bien. En adelante no debe parecer increíble esto, puesto que frecuentemente leemos que Dios se digna proveer a sus siervos de bebida o de alimento.

XXXI. Hay un lugar no lejos de Aurillac llamado Marculiscus, junto al cual se encuentra una piedra redonda por causa natural. Cuando una vez el señor Gerardo pasara por esta región, uno de su compañía, llamado Adraldo, declaraba a los compañeros de viaje que podría subir a esa piedra de un salto. De inmediato lo realizó, ante la admiración de cada uno. Mas sucedía que este Adraldo conocía encantamientos y maleficios. Al señor que venía detrás se lo contaron los que iban delante. Él en verdad, considerando que no podría haber hecho esto de ninguna manera por su propia agilidad, realizó el signo de la cruz con la mano elevada. De ahí en más aquel no pudo saltar sobre la piedra, aunque lo intentara muchas veces. Así se supo que aquella velocidad ocurría por un encantamiento, que no pudo volver luego del signo, y que la virtud del señor

Gerardo era grande. Luego de su signo, de nada valió la fuerza enemiga.

XXXII. En verdad, ya que contamos lo de ese signo, añadamos otra cosa que hiciera realizando este mismo signo. La solemnidad de san Laurencio llegaba y él la festejaba en cierta capilla suya que se encuentra no lejos de la aldea de Argentado. Ahora bien, una de sus siervas era vejada gravemente allí. Así pues, cuando él se volvió hacia ella por la oración, en medio del pueblo donde ella se encontraba, rechinaba los dientes vivamente y se enfurecía. Todos rogaban que el varón del Señor se dignara santificarla, lo que él por acostumbrada humildad aplazaba largo tiempo. Pero ella no cesaba de agitarse furiosamente. Como los allí presentes le rogaban, habiendo levantado su mano, la señaló con el signo de la cruz. Ella, vomitando una sangre purulenta, a continuación fue sanada. Todos resonaron en alabanzas a Dios y lo engrandecieron. Él con gran desdén los detuvo diciendo que solamente alabaran la clemencia de Dios y de san Pedro, cuya iglesia era esa. Esa misma era por cierto la iglesia en la que entonces vivía, cuando la mujer ciega nombrada más arriba recibió la vista con agua de sus manos.

XXXIII. Un hombre de nombre Herloardo se cayó de su caballo y se lastimó una rodilla. Por causa del dolor estuvo sin alimento durante seis días, y como no se pudiera encontrar ningún remedio para él, llevándolo a Captenaco, hizo que le llevaran secretamente agua de las manos de Gerardo. Enseguida, luego de haber esparcido la dicha agua sobre la rodilla, admirablemente se levantó incólume liberado de todo dolor. Otras muchas cosas se refieren de Gerardo que son dignas de relato y admiración. Pero, como no son confirmadas por los cuatro testigos mencionados sino por voz popular, preferimos callarlas, aunque no ignoremos que hizo muchas cosas que no conoce nadie o muy pocos. Verdaderamente siempre se aplicó a observar la humildad de corazón con el ejemplo de las costumbres de los hombres píos y buenos, por eso ocultaba sus propias obras cuanto podía. No soportaba escuchar alabanzas, de aquellas que quedaban a la vista, aunque él no quisiera.

XXXIV. Que alcance con lo dicho acerca de sus milagros, que satisfagan a aquellos que ponen la gloria del santo, no en la cantidad de las buenas obras sino en la multitud de los signos. Para ellos, de mucho menor valor sería la santidad si no escucharan que realizaba milagros en abundancia. Y en verdad, cuando simultáneamente concurren tanto la justicia como la santificación y la glorificación a través de signos, más seguros con esto, cultivan una devoción más vivaz. Pues si acaso tuviera espíritu de profecía, creo que ninguno negaría que fuera santo, pero hizo

más aún, puesto que venció a la avaricia. ¿Qué provecho tiene Balaam, que profetizó un misterio tan profundo, cuando fue rechazado a causa de su avaricia? Ningún milagro busques más grande en Gerardo que el hecho de que no pusiera su esperanza ni en las riquezas ni en los tesoros. Esto es en verdad, como ya dijimos, la maravilla que hizo. ¿Tan raro en verdad consideras que no esperara que hubiera felicidad en las riquezas? De modo que con la palabra divina se explica esta rareza: *¿Quién es él?* Cuando en verdad se ve a alguien así, es digno de alabanza, y se puede añadir aquí: *Lo alabamos, porque ha hecho maravillas en su pueblo*¹¹⁴. Que en efecto Gerardo hiciera maravillas, hay numerosos documentos. En verdad consta que lo que él poseía le había sido conferido por sus parientes o por reyes, para que lo compartiera no como los siervos sino como los señores: acrecentó las cosas en la tierra sin perjuicio de nadie, pero juntó un tesoro en los cielos; tuvo un poder sublime, pero permaneció pobre de espíritu. Por esto, como él mismo muestra, no debe ser considerado ni maravilloso ni increíble que sus bienes permanecieran estables en el Señor. Incomparablemente resalta entre sus hechos que perseverara en la castidad hasta la vejez. Por cierto la castidad es la única que se parece a la pureza angélica. Cuando vence a la lujuria, que es la mayor virtud de Satanás, no es maravilloso que impere sobre el mismo Satanás, que es sometido cuando se sirve a la castidad. No es increíble que ahora libere a los poseídos por los demonios quien borró de su corazón al príncipe de Mamón, habiendo vencido a la avaricia. Por cierto justamente tiene sometida a la soberbia quien se mostró benévolo estando en el culmen del poder terreno.